

Andrea
Camilleri

*Las ovejas
y el pastor*



se

Lectulandia

En la Sicilia de 1945, mientras se halla descansando cerca del convento de Santo Stefano, el obispo de Agrigento sufre un atentado que lo deja al borde de la muerte. Monseñor Peruzzo no es un prelado cualquiera. Es muy querido por el pueblo porque en el conflicto sobre la propiedad de las tierras ocupadas se ha alineado con los trabajadores frente a los latifundistas, así que la noticia de que su vida está en peligro conmociona a toda la isla, y la gente se pone a rezar por su salvación.

Pero ni siquiera el mismo obispo tendrá constancia hasta transcurridos muchos años de una de las demostraciones de amor y sacrificio más incomprensibles de nuestro tiempo.

En el convento de clausura de Palma di Montechiaro (relacionado con la familia de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el autor de «Il Gattopardo», que tenía el privilegio de poderlo visitar) las diez monjas más jóvenes ayunarán hasta entregar su vida para que Dios salve al pastor. El caso, descubierto casualmente, investigado y relatado de manera magistral por Andrea Camilleri, ha generado una gran polémica en Italia. En este libro espléndido, Camilleri se adentra en un caso que parece provenir de la Edad Media y que pone en cuestión los límites de la obediencia y la fe.

Lectulandia

Andrea Camilleri

Las ovejas y el pastor

ePub r1.0

Titivillus 25.02.2017

Título original: *Le pecore e il pastore*
Andrea Camilleri, 2007
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

LOS LUGARES

LA ERMITA

El bosque que había entre Santo Stefano y Cammarata, a casi mil metros de altura, era antaño tan salvaje, áspero y fuerte que la luz del sol no conseguía atravesar la espesura del follaje y quien se aventuraba en él corría el riesgo de no distinguir entre el día y la noche. Los primeros árabes conquistadores lo llamaron *koschin*, que quiere decir lugar oscuro. Luego, poco a poco, el nombre se cambió por Quisquina.

La joven palermitana Rosalia Sinibaldi, nacida en Palermo en 1130, bellísima y riquísima, hija del duque Sinibaldo y de Giscarda, prima del rey Roger II, sea para no casarse con el príncipe Baldovino, futuro rey de Jerusalén, como era deseo del rey Guillermo II de Sicilia, del cual era nieta (¡ah, las intrigas de las familias sicilianas, tanto de la nobleza como del pueblo llano!), sea porque la sociedad en la que vivía no la convencía, al ser la vida de corte demasiado pecaminosa, demasiado entregada a los placeres materiales, a la acumulación de riqueza y a la exhibición del lujo (el mismo sentimiento de rechazo que experimentaría, algunas décadas después, un joven llamado Francisco), decidió, hacia 1150, apenas cumplidos los veinte años, escaparse de su ciudad natal e irse a vivir en soledad y plegaria.

Después de algunas peregrinaciones, se guareció en una especie de galería subterránea de la Quisquina, una galería que daba acceso a otras galerías, pero tan escondida entre rocas y matas de hierba salvaje que ni siquiera los perros habrían podido encontrarla.

Vivió allí durante doce años. El sitio ideal para plegarias, contemplaciones y penitencias sin un alma en torno.

Una inscripción en una pared situada poco antes del acceso de la gruta dice: *Ego Rosalia Sinibaldi Quisquine et Rosarum domini filia Amore Domini mei Iesu Cristo in hoc antro habitan decrevi.*

Una pequeña explicación para entender la inscripción: el padre de Rosalia, Sinibaldo, era un feudatario, señor de la Quisquina y de un pueblo llamado Rose.

Años después Rosalia Sinibaldi se trasladó a una gruta del monte Pellegrino, que domina Palermo (lo domina tanto que, en tiempos de las guerras púnicas, se instaló allí Amílcar Barca y cada tanto bajaba a la ciudad con sus hombres, masacrando a los romanos que la habían ocupado). En esa gruta vivió en completa soledad hasta su muerte, ocurrida en 1166. Y todos se olvidaron de ella. Durante casi quinientos años.

En 1624 estalló en Palermo una espantosa peste para la cual parecía no haber salvación. Alguien, que el 15 de julio de aquel año había ido de caza al monte Pellegrino, no por diversión, sino para procurarse algo de comer, dado que la comida escaseaba, vio aparecer ante él a una joven, Rosalia, quien, indicándole una gruta, le dijo que si recuperaban sus huesos, que se hallaban allí dentro, y los llevaban en procesión a través de las calles de Palermo, la peste sería vencida. El cazador descendió a toda velocidad a la ciudad y se lo refirió a las autoridades, que estaban dispuestas incluso a vender su alma con tal de acabar con la mortandad. La gruta fue

localizada, pero los huesos estaban tan encastrados en la roca que debieron llevárselos con todo el macizo que los contenía. Hecha la solemne procesión, al poco tiempo acabó la peste.

Proclamada patrona de Palermo, santa Rosalia, la «santita», conoció una devoción popular inmensa, que continúa intacta en nuestros días. Casi simultáneamente al descubrimiento de sus restos, dos albañiles se pusieron a buscar la gruta de la Quisquina que la santa había elegido como su primer refugio y finalmente la encontraron. Fue natural, entonces, que la gruta se convirtiera en un lugar de peregrinación y de culto, y que a su lado surgiera una capilla, meta continua de devotos.

En 1690 un comerciante ricachón de Génova, Francesco Scassi (o Scasso), preso de un ataque de misticismo, se trasladó a la Quisquina con tres compañeros. Construyó un espacioso convento y una iglesia bastante grande, aunque el nuevo propietario del feudo, Gaetano Ventimiglia, conde de Collesano, se atribuyó el mérito y quiso que fuera testimoniado por una placa que hizo poner en la iglesia.

Scassi estableció durísimas reglas de admisión para quien quisiera sumarse al eremitorio.

Porque, en síntesis, se trataba de eso, de un eremitorio laico, cuyos integrantes no eran verdaderos frailes, aunque así se hacían llamar, llevaban el sayo, pero no pertenecían a ninguna orden y no estaban sometidos a ninguna regla de vida monástica.

Y sin reglas permanecieron hasta su disolución, a pesar de que algunos obispos (Ramírez, Lo Jacono, Peruzzo) a menudo habían intervenido con paciencia paterna y con cierta severidad, siempre paterna, para hacerles respetar un mínimo de reglas.

El noviciado, como lo había concebido Scassi, duraba un año y las pruebas eran tan severas, casi feroces, que la mayor parte de los candidatos, si no contaban con una buena dosis de amor por el sufrimiento de la carne en aras de la elevación del espíritu, renunciaban al cabo de algunos meses.

Scassi también estableció que el cuerpo de un hermano muerto no debía ser enterrado, sino tratado con el procedimiento de los capuchinos palermitanos y, por tanto, expuesto en la correspondiente cripta a la cual se entraba a través de una trampilla situada en medio de la iglesia.

Cuanto más repugnante a la vista era el cadáver del embalsamado, más se complacían los hermanos: ésa era la representación permanente de la miseria terrenal del hombre.

El procedimiento de desecación consistía, según escribe Salvatore Indelicato, en poner el cadáver «sobre una rejilla de tubos en terracota dentro de un cuarto cerrado herméticamente; siete u ocho meses después era tratado con una infusión de vinagre y hierbas aromáticas y, por último, expuesto al sol para completar la desecación».

La fama de aquella ermita, de su dureza de vida, de su aura mística, se difundió al poco incluso fuera de la isla y muchos se presentaron para ser acogidos en ella, sea

por sincera vocación, sea porque tenían cuentas que ajustar con la justicia. O si queréis, quién sabe, con su propia conciencia.

Éste fue el caso de Bartolomeo Pii, un general español destinado en Palermo que, habiendo matado a un inocente, dimitió y se retiró al eremitorio de la Quisquina, con el nombre de fray Vincenzo.

Siempre es mejor ser un ermitaño libre que estar encarcelado. Allí, la curiosidad no era habitual, nadie preguntaba nada a nadie, cada uno se ocupaba de sus asuntos, quien era admitido elegía un nombre de fraile y podía olvidarse de su verdadero nombre.

Por otra parte, a los representantes de la ley ni siquiera se les pasaba por la antecámara del cerebro hacer una visita trepando hasta allí arriba para ver quién había y quién dejaba de haber.

Príncipes, obispos, cardenales y nobles de todo orden y grado (en Sicilia encontrabas uno cada dos pasos) cogieron la costumbre de hacer cada tanto una escapada para el reposo del alma y el cuerpo; total, allí el aire era bueno, fresco y limpio, y moderaba el apetito.

Aunque casi de inmediato, en la ermita, entre los supuestos frailes, empezaron las envidias, los robos y la violencia de todo tipo.

Escribe aún Indelicato:

El rey Fernando IV, al término de una breve estancia, ocurrida en 1807, quedó tan impresionado por la atmósfera mística del convento que dispuso que cada año se entregara un atún a los ermitaños.

Los ermitaños degustaron el atún durante poco más de cincuenta años, porque luego en el puesto de los Borbones llegaron esos descreídos de los piemonteses y terminó la hermosa costumbre.

Naturalmente, en esa época, la ermita se había agrandado mucho y el bosque había sido en parte domesticado con senderos y paseos. Ahora había decenas de celdas, incluso una sala de recepciones y una hospedería. En el bosque se había abierto un camino que llevaba a la encina «grande», donde la santa no sólo iba a rezar, sino también a secarse el pelo.

Las cosas empezaron a torcerse en 1922, cuando el entonces superior, fray Bernardo, fue encontrado literalmente degollado en la ermita.

¿Mano asesina venida de fuera o sangrienta conclusión de una guerra interna? Casi todos se inclinaban por la segunda hipótesis, pero en octubre de 1922 el fascismo tomaría el poder en Italia y también en Sicilia los carabinieri y la policía tenían cosas más serias en las que pensar.

De todos modos, aquel homicidio puso en evidencia de qué pasta estaban hechos algunos de los ermitaños.

Inmediatamente después del homicidio, comenzó a escasear el dinero. Ya no

llegaban ni enormes herencias ni ricas donaciones. La ermita sólo podía resistir míseramente al asedio del invierno con sus albañiles, sus zapateros, sus herreros y sus panaderos, pero ellos no producían artesanía para exportar, sino que se limitaban a las cosas necesarias para la supervivencia.

En 1928 la comunidad fue disuelta por las autoridades.

La aclamada aura de misticismo había hecho que algunos ermitaños, en el curso de los siglos, hubieran muerto en olor de santidad (aunque este olor nunca se transformó en canonizaciones concretas), pero muchos, demasiados frailes, se sustraían fácilmente a la misma aura para dedicarse a ocupaciones más mundanas, como el robo de ganado, el atraco a mano armada, el hurto y la rapiña.

Cuando llegó la orden de disolución, algunos ermitaños no obedecieron a la autoridad religiosa y se quedaron defendiendo la ermita. Es fácil intuir de qué vivieron.

El nuevo obispo de Agrigento, Giovanni Battista Peruzzo, de cincuenta y cuatro años, nombrado en 1932, volvió a la carga algunos años después contra los ermitaños insubordinados de la Quisquina, que abiertamente daban refugio a fugitivos y mafiosos, colaborando muy activamente con estos últimos.

Peruzzo era un hombre enérgico y de férrea voluntad, y después de diversas vicisitudes que duraron años consiguió tener las de ganar, poniendo a la cabeza de los ermitaños supervivientes a dos sacerdotes, uno como superior y el otro como capellán. Contra esta obra de limpieza de Peruzzo no sólo se habían opuesto algunos de los ermitaños, sino también algún prefecto encargado de la administración de los bienes del santuario, temeroso de que la curia agrigentina quisiera ponerlos bajo control.

Piamontés de la provincia de Alessandria, Peruzzo se enamoró literalmente de la Quisquina, de su «tranquila soledad», como escribió al arcipreste de Santo Stefano. Apenas podía tomarse unas vacaciones, subía a la ermita.

En 1945 proyectó llegar a la Quisquina el 15 de julio y pasar allí uno o dos meses con la sola compañía de un «hermano pasionista», el cual proveería de todas las necesidades de la estancia del obispo, reclutando también a un muchacho que iría a hacer las compras cotidianas al pueblo. Peruzzo no quería molestar, con su presencia, al clero de Santo Stefano. En cambio, una serie de circunstancias hizo que tuviera que anticipar las vacaciones. Y sin la compañía del pasionista, sino con la del achacoso padre Graceffa, que era uno de los curas enviados para la buena marcha de la ermita. Cuando llegó, en la ermita sólo había dos o tres ermitaños, alguno de paso, y un hombre que hacía de cocinero y de criado.

También la tarde del 9 de julio Peruzzo hizo su paseo habitual por el bosque con el padre Graceffa, paseo necesariamente breve porque el cura, afectado de hemiplejía y con un principio de meningitis cerebroespinal, tenía sus movimientos muy limitados. El pequeño paseo solía terminar en un sitio «donde algunas piedras invitaban a sentarse». También aquella tarde los dos se sentaron en las piedras. El

obispo Peruzzo miró el reloj. Eran exactamente las siete y cuarenta y cinco. Habían caminado durante un cuarto de hora. Ahora estarían media hora disfrutando de la frescura y, en silencio, «pensando en el alma», lejos «de la sociedad humana».

Pero al menos tres representantes de aquella sociedad estaban apostados a pocos metros de distancia.

EL CONVENTO

Quien se ocupa de la historia de la ilustre familia Tomasi (sí, precisamente a la que pertenece Giuseppe, el autor de *El gatopardo*), mientras puede chapotear en todos los documentos que quiera a partir de la luminosa epifanía gemelar de Carlo y Giulio Tomasi, hijos del precozmente fallecido Ferdinando (casado a los dieciséis años y muerto a los dieciocho, y a su vez gemelo de Mario, que llevaba el mismo nombre que su padre), encuentra grandes dificultades para definir la figura del fundador de la estirpe, justamente Mario. La vaguedad de las noticias referentes a él deja por lo menos desconcertado.

Nacido en Capua en 1558, se sabe que Mario Tomasi llegó a Sicilia en 1585 en el séquito del virrey Marcantonio Colonna y fue nombrado capitán de armas de Licata por el príncipe Colonna. Un buen cargo para ganarse el pan cotidiano y basta. Pero entonces, ¿cómo lo hizo para enriquecerse y hacer un riquísimo matrimonio con una noble?

Sobre cómo ejercía Mario Tomasi su oficio en Licata, y qué concepto tenía de él, la tradición oral, evidentemente hecha de malas lenguas, no puede decirse que fuera benévola al respecto. Pero también habría algún extraño documento que hablaría de un proceso en su contra y quizá de una destitución (momentánea). Algunos han llegado a sostener que Mario era una especie de *bounty killer*, según la definición, muy posterior, de los americanos del *Far West*.

En efecto, parece que Mario, con su brigada, daba caza a los bandoleros de paso, entonces florecientes en la isla (existen todavía hoy, sólo que se llaman de otro modo), y apenas cogía uno, le cortaba la cabeza y la ponía en sal, o lo que fuera, para conservarla. Entonces ciertos delitos podían ser eximidos del castigo si el culpable entregaba a la justicia la cabeza de un bandolero. Mario había ideado entonces un sistema, digamos, de circuito cerrado: hacía inculpar a algún rico de Licata del primer delito que se le pasaba por la cabeza, lo hacía encarcelar y, en ese contexto, le vendía a peso de oro una cabeza de bandolero en salmuera de modo que el encarcelado pudiera recuperar inmediatamente la libertad.

Vuelvo a repetir: no hay nada escrito que pueda confirmar esta singular actividad de Mario Tomasi. Por tanto, sigue siendo un misterio cómo consiguió casarse con una riquísima heredera.

Sin embargo, está comprobado que durante algún tiempo debió de cobijarse en su Capua natal por razones poco claras, quizá por abuso de poder. Pero es cierto que, cuando volvió, se casó con Francesca Caro y Celestre, heredera de la baronía de Montechiaro y señora de la isla de Lampedusa, que entonces, después de haber sido refugio de piratas, estaba prácticamente deshabitada. Pero no del todo: había una ermita que alojaba indiferentemente a cristianos y musulmanes, en pacífica convivencia. Así nació la expresión «ermitaño de Lampedusa» para indicar a quien encendía una vela a Dios y otra al diablo. Y se me ocurre que, con los tiempos que

corren, puede esperarse una milagrosa proliferación, a nivel mundial, de ermitaños de Lampedusa. Con su matrimonio, Mario Tomasi entró a formar parte de la nobleza. En cierto sentido, como noble ya no era perseguible, o lo habría sido con notables dificultades, tal como sucede hoy con algunos de nuestros diputados elegidos en una de las dos cámaras.

En 1637, Carlo Tomasi, de veintitrés años y nacido en Ragusa, compró la *licencia populandi*, el derecho a fundar pueblos, y el 3 de mayo del mismo año puso la primera piedra para la fundación de Palma di Montechiaro, proyectada por el arquitecto ragusano Antonio de Marco. A la ceremonia, además de su gemelo Giulio, asistió el tío que los había criado: Mario Tomasi e Caro (advuértase que, *noblesse oblige*, a su apellido añadieron el de su madre), gobernador del castillo de Licata y capitán del Santo Oficio.

Desde el principio Carlo explicó que quería hacer de la ciudad una nueva Jerusalén, diseminándola de lugares sagrados, sostenidos por indulgencias, donde los habitantes y los visitantes pudieran, con la simple frecuentación, adquirir un trocito de paraíso. En la curia arzobispal de Agrigento se conservan las bulas, los breves y las licencias papales obtenidas, con dinero contante, por los gemelos, para que su santo proyecto pudiera realizarse. (Cabibbo-Modica)

Al año siguiente Carlo fue nombrado duque de Palma. El tío Mario, que era clarividente, le encontró una novia: la baronesa de Falconeri, Rosalia Traina, que, además de ser rica, era la sobrina predilecta de Francesco Traina, obispo de Agrigento, hombre acaudalado, codicioso y de una avaricia legendaria. Entre otras cosas, había comprado, por noventa mil escudos, dos ciudades, Agrigento y Licata (por tanto, era el propietario del pueblo donde los Tomasi vivían y trabajaban), desangrando a los habitantes con tasas, impuestos y diezmos.

Pero, transcurridos apenas unos años, el celo religioso tuvo en Carlo las de ganar. Se lo dejó todo a su hermano, feudo y título nobiliario incluidos, y se retiró primero al colegio teatino de Palermo y luego al de Roma. Pasó el resto de su vida dedicado a los estudios teológicos.

Su hermano gemelo, Giulio, no le iba a la zaga en cuanto a fervor religioso, hasta el punto de que fue apodado el «duque santo» (un día que un muerto de hambre se arrodilló ante él para hablarle, el duque le dijo que se levantara, el otro no quiso y entonces el duque también se arrodilló).

A pesar de su fama de santidad, Giulio tenía los pies bien firmes en la tierra. Sabía que hacía falta mucho dinero para la edificación de aquella Jerusalén terrenal que se asemejaba tanto a la Jerusalén celestial.

El papado, además, era insaciable. Para avalar cualquier iniciativa quería grandes

cantidades de monedas. La única posibilidad era hacer un buen matrimonio que trajera dinero fresco a las arcas de la familia. Y aquí intervenía el tío Mario que, habiendo heredado de su padre algunas buenas cualidades, tenía una idea genial. Dado que su hermano Carlo se lo había dejado todo, título y dinero, sugirió a Giulio que considerase parte del legado también a su ex novia Rosalia Traina, que se había quedado soltera. Rosalia no plantearía problemas, además ¿acaso Giulio no era la viva estampa de su ex novio Carlo?

Obtenido el consenso, Mario fue a hablar con el obispo, que aceptó la propuesta. Y, *a decoratione e a contemplatione* del matrimonio dotó a su sobrina de dieciséis mil escudos de plata «contantes y pesados como es de rigor», que fueron cogidos en consigna por el irrenunciable tío Mario Tomasi. Además de la enorme suma, por aquel entonces Rosalia cobró posesión de algunos feudos de su abuelo Fabrizioo.

El largo y pormenorizado contrato dotal hecho redactar por el obispo Traina, con sus condiciones, subcondiciones, siempre que, expresa mención de, y así sucesivamente, es una obra maestra de la tacañería y de escasa confianza en el novio.

Del matrimonio nacieron ocho hijos: Francesca, Isabella, Ferdinando, muerto a los tres meses, Antonia, Giuseppe, Rosaria, muerta a los once meses, Ferdinando, que fue apodado «el príncipe santo», y Alipia. Las mujeres se hicieron monjas, los varones (menos uno) se convirtieron en curas.

Dicho sea de paso, a ningún hijo varón se le puso el nombre ni del fundador de la estirpe ni del tío Mario, que no obstante había criado a los dos huérfanos. ¿Una *damnatio memoriae*?

En 1667 al duque se le concedió el título de príncipe de Lampedusa.

... se fustigaba a solas en presencia de Dios y de su feudo y debía de parecerle que las gotas de su sangre iban a llover sobre las tierras para redimirlo. En su pía exaltación debía de parecerle que sólo mediante este bautismo expiatorio ellas serían realmente suyas, sangre de su sangre, carne de su carne...

El hijo primogénito de Giulio, Giuseppe Maria, con apenas quince años, renunció a la primogenitura y abrazó, como se ha dicho, la vida religiosa. Estudió en Palermo y luego se trasladó a Roma. Cultísimo (conocía el latín, el griego, el español, el hebreo, el sirio-caldeo, el etíope y el árabe), estudioso de las sagradas escrituras y de la liturgia, fue cardenal durante sólo siete meses. Proclamado beato en 1803, fue hecho santo por Juan Pablo II en 1986.

Su hermana Isabella no había cumplido ni catorce años cuando decidió hacerse monja de clausura.

Pero dado que en Palma había una gran cantidad de iglesias, pero escaseaban los conventos, su padre, el duque santo, hizo transformar el palacio ducal en un monasterio benedictino. También aprovechó la volada para hacerse construir un

nuevo palacio en el que vivir.

Sin embargo, la creación del convento no fue fácil. El concilio de Trento había puesto nuevas reglas para los conventos femeninos, pero había sido bastante vago sobre qué debía entenderse por clausura.

No era un problema irrelevante: en los conventos femeninos había muchísimas mujeres que habían pertenecido a la nobleza y habían sido obligadas a entrar en clausura para evitar que, al casarse, pudieran exigir parte del patrimonio familiar como dote.

De todos modos, el duque santo y su mujer se atuvieron probablemente a lo establecido por el concilio de Mazara (1584) sobre la apertura y la clausura de las puertas del convento, el uso del torno, las visitas de médicos y parientes, y la prohibición de comunicarse por carta con el exterior sin la revisión previa de la madre abadesa, etcétera.

Pero para organizar racional y religiosamente la vida del convento era necesario encontrar a la persona adecuada. El duque se dirigió entonces a una sierva de Dios de Ciminna, que en un primer momento aceptó, a pesar de que el cargo fuera a título gratuito. No obstante, unos días después, a la sierva de Dios se le apareció milagrosamente un ángel que le impidió partir hacia Palma haciéndola enfermar, al menos eso le escribió ella al duque. Entonces, el duque y su mujer tuvieron una buena idea: ¿por qué no dirigirse a sor Antonia Traina, hermana de la duquesa, monja del monasterio del canciller de Palermo? El duque fue a ver a su cuñada, le propuso que se convirtiera en abadesa e institutriz del nuevo monasterio y ella aceptó.

La nueva abadesa se presentó en el monasterio de Palma con una carga rebosante de trigo, aceite, vino, legumbres diversas, hormas de queso, miel, mosto, sémola, harina, pasta, gallinas, ocas, pavos «y algunas cajas llenas de ropa blanca, servilletas y manteles para el refectorio, y de ropa blanca más basta para la cocina». ¿Quizá fue por todos estos bienes de Dios puestos a disposición de la comunidad que la intervención del ángel que impidió a la pobre sierva de Dios convertirse en abadesa fue definida como «milagrosa»?

Por su parte, el duque dotó al convento «cada año, a perpetuidad», de doscientos escudos, de dos barriles del «mejor mosto», de «diez medidas de trigo» y de «un cántaro de queso».

En la *Constitución de las monjas benedictinas del Santísimo Rosario de Palma* que, no obstante, es tardía, se cuenta la manifestación que señaló la apertura del convento:

Acabada la santa misa, se dirigieron todas al locutorio, estando el vicario delante de la puerta de clausura con las llaves en la mano, que entregó a la madre institutriz y estableció la clausura instituyéndola abadesa y superiora del monasterio.

Después entraron poco a poco todas las destinadas a ingresar en él, las

cuales fueron doña Francesca, de unos quince años; doña Isabella, de trece; doña Antonia, de once años, las tres hijas de los fundadores del monasterio; sor Candida Drago, de unos treinta años; Ninfa Uccello, de unos veinte años, ambas palermitanas... Geltrude Soldano, de once años, de la ciudad de Agrigento; entraron otras tres legas, una profesora del monasterio del canciller, de Palermo, llegada junto con la institutriz, llamada sor Raffaella Terranova; la segunda fue Rosalia Cardinale, y la tercera, Vittoria Gagliano; la última en entrar fue la institutriz, que cerró la puerta de la clausura con júbilo y alegría general y lágrimas de devota ternura.

Sin duda, Isabella estaba exultante, deseosa de convertirse en sor María Crucificada de la Concepción. Pero ¿estamos seguros de que las otras dos niñas del duque santo, Francesca y Antonia, lloraban de «devota ternura»? Francesca adoptaría el nombre de sor María Seráfica; Isabella ya se ha dicho; Antonia sería sor María Magdalena. Más tarde entraría también la última hija de los Tomasi, Alipia, que adoptaría el nombre de sor María Lanceada.

De todos modos, en ese mismo convento entró, a la muerte de su marido, Giulio, como terciaria, también Rosalia Traina, que se convertiría en María Sepultada.

Entre monjas y profesas, el convento contaría siempre con unas treinta religiosas.

2

LOS PERSONAJES

GIOVANNI BATTISTA PERUZZO

La guerra terminó en Sicilia en septiembre de 1943 con la conquista total de la isla por parte de los Aliados.

Y de inmediato se inició otra, sangrienta, entre los campesinos sin tierra y los grandes terratenientes, los nobles propietarios de los ilimitados latifundios, la mayor parte de los cuales estaban sin cultivar. Al principio, los campesinos pidieron el restablecimiento de las leyes fascistas de 1933 y 1940, que habían sido denominadas «asalto al latifundio». El fascismo, como todos saben o deberían saber, siempre hacía la guerra a todo: a Etiopía y a las mezquitas, al trigo y a las demoplutocracias, a los solteros y a los derrotistas, pero no siempre ganaba estas guerras.

Los grandes terratenientes, frente a las demandas de los campesinos, decidieron unirse e inspiraron, en 1944, el llamado Bloque Agrario, que podía contar con el apoyo más o menos explícito de los americanos y los ingleses.

Un indicio evidente del comportamiento y de las simpatías de los Aliados es no sólo el apoyo dado al movimiento separatista, sino también y sobre todo el hecho de haber impuesto como alcaldes a mafiosos de clara fama vueltos a escena después del largo sueño del período fascista.

El Bloque había nacido en el curso de un encuentro en Sagana entre exponentes de los propietarios rurales, la mafia, el separatismo y el bandolerismo: en él participaron el catanés duque de Carcaci, los palermitanos Lucio Tasca y el barón La Motta, el mesinés Rosario Cacopardo, Salvatore Manna, en representación de la juventud separatista, y el bandido Salvatore Giuliano, que tenía el grado de coronel del EVIS (ejército voluntario por la independencia de Sicilia).

Los presentes acordaron una acción política y militar de largo alcance que comprendía, entre otras cosas, la desobediencia de todas las leyes promulgadas por el Estado italiano (entre las que se incluían la llamada al servicio militar de las clases de leva); el sabotaje al almacenamiento del trigo en los graneros del pueblo; el boicoteo de las leyes Gullo (concesión de las tierras incultas a los campesinos y nuevos acuerdos de aparcería); la guerrilla contra los carabinieri y los otros cuerpos del Estado; el uso de las armas y la violencia indiscriminada contra los campesinos que ocupaban los latifundios; y la eliminación física de los intelectuales y los políticos antiseparatistas y, sobre todo, de los sindicalistas.

Según otros historiadores, en cambio, el Bloque sólo solicitó el apoyo de la mafia y al bandolerismo a fines de 1945.

Pero entonces, ¿qué pasó con los sindicalistas asesinados antes de esa fecha? ¿Quiénes los mataron?

El proyecto criminal del Bloque, culminado en la masacre de Portella delle Ginestre del 1 de mayo de 1947 (11 muertos y 56 heridos), se puede concretar en estas cifras: 18 sindicalistas comunistas, socialistas y democristianos asesinados, y 15 alcaldes, secretarios de cámaras del trabajo, políticos muertos o desaparecidos.

Entre las víctimas, era inevitable que hubiera un secretario de la Federterra (federación nacional de trabajadores de la tierra). Pero ni las fuerzas del orden ni los asesinos del Bloque consiguieron detener el movimiento de los campesinos que, con las banderas rojas al frente, ocupaban los feudos y las tierras incultas y las comenzaban a roturar. Fue una verdadera página épica del movimiento campesino.

Todas aquellas banderas rojas molestaban al obispo de Agrigento, Giovanni Battista Peruzzo, fervoroso anticomunista por fe y por convicción, pero no impedían que su corazón latiera por los campesinos que marchaban detrás de aquellas banderas.

Peruzzo nació en Molare, provincia de Alessandria, en 1878. Joven pasionista, fue ordenado sacerdote en 1901. Se le confiaron cargos de una cierta responsabilidad que llevó a cabo de manera brillante y, en 1924, fue consagrado obispo y enviado a Mantua (donde ya había estado en 1908), como auxiliar del obispo nonagenario.

Enérgico y activísimo, se dedicó mucho al desarrollo y a la organización de la Acción católica.

En 1928, en ocasión del tercer centenario de la canonización de san Luis Gonzaga, hizo llegar a Mantua a miles de jóvenes católicos de toda Italia para una serie de festejos.

Fue un error, probablemente del todo involuntario, porque en aquel período el fascismo no veía con buenos ojos a la Acción Católica, es más, la identificaba como una peligrosa competidora de la ONB (Obra Nacional Balilla) y de otras organizaciones juveniles fascistas.

El 21 de junio, primer día de las celebraciones, varios grupos de fascistas mantuanos y otros venidos de fuera agredieron con brutal violencia a los jóvenes católicos. A la cabeza de los fascistas estaba el secretario de la federación de Mantua, Arrivabene. Hubo numerosos heridos, pero, hecho mucho más grave, algunos días después fue asesinado a golpes de porra, por tres fascistas, el presidente de la junta diocesana y ex jefe del partido popular.

El delito suscitó un gran clamor y los fascistas, para salvar al menos la cara, montaron una acusación contra Peruzzo: él fue el provocador, mintieron. Entre otras cosas, atribuyeron a los jóvenes de la Acción Católica el incendio de la casa de los vanguardistas, quemada por ellos mismos. Pero Peruzzo, que era quien era, no cedió, corrió a Roma, se hizo recibir primero por el Papa, luego por Federzoni, ministro del Interior, y por último por Mussolini, a quien expuso con firmeza la verdad de los hechos y la crítica situación que se había creado en Mantua. Mussolini lo tranquilizó y, en efecto, poco después Arrivabene fue destituido, el prefecto jubilado, el jefe de policía trasladado a Matera y algunos fascistas arrestados.

Pero el fascismo estaba en el poder desde hacía seis años, ocupaba todos los ganglios vitales de la nación y tampoco el obispo podía salir indemne del enfrentamiento: después de algunos meses fue retirado de la circulación y enviado a una especie de exilio. Fue a hacer de obispo a la minúscula diócesis de Oppido

Mamertito, en Calabria.

No consta que protestara. Pero Peruzzo debió de sufrir mucho por aquel injusto castigo.

Doblemente injusto, porque Peruzzo era un declarado admirador del fascismo.

O al menos, de aquella que consideraba la «revolución» social del fascismo, una revolución que, al contrario que la bolchevique, no se oponía a los valores resumibles en dos palabras: Dios y familia. En efecto, durante toda su actividad como pastor, Peruzzo no perdió nunca de vista la *Rerum Novarum* y, por tanto, siempre prestó una particularísima atención a los problemas sociales.

También, es preciso decirlo, por razones personales: hijo de campesinos paupérrimos, nunca habría podido convertirse en obispo antes del pontificado de León XIII, que abolió la costumbre de nombrar obispos sólo a los sacerdotes acomodados.

A mediados de enero de 1932 fue hecho obispo de Agrigento.

Desde el púlpito, habló con mucho favor, incluso con entusiasmo, de las leyes fascistas que en 1933 y 1940 se proponían la colonización de los feudos y la expropiación de las tierras incultas.

En realidad, la guerra fascista al feudo debía revelarse muy pronto como una pura y simple operación de fachada. Por ejemplo, se construyeron aldeas rurales que nunca pudieron ser habitadas por los campesinos, sea por su errónea colocación respecto de los feudos que cultivar, sea porque no fueron empalmadas a las conducciones hídricas y eléctricas, y ni siquiera se abrieron los caminos para acceder a ellas. Los campesinos prefirieron seguir viviendo en sus tugurios, ya que ir a vivir a una de aquellas nuevas aldeas comportaba un gran número de incomodidades.

Aquí no nos interesa poner en evidencia la enérgica, compleja y resuelta obra pastoral del obispo Peruzzo, que supo renovar la arruinada diócesis agrigentina.

Pero hay algo esencial que debe decirse de él: como piamontés, quiso entender profundamente a Sicilia y sus problemas, y hacer todo lo que su posición podía permitirle para aliviar el sufrimiento de los campesinos, los pobres y los marginados.

Escribió de sí mismo:

Mi mirada siempre se ha fijado de manera particular en nuestro pueblo, que trabaja con sacrificios inauditos, que sufre mucho y a menudo espera en vano una mano amiga que lo saque de su triste pobreza. Éste es el objeto principal de mis preocupaciones y de mis intervenciones...

Y, personalmente, dio ejemplo: en 1932 hizo instalar a su cargo las «cocinas económicas», que daban un plato de menestra gratis a quien no podía pagarla y a veinte céntimos a quien sí podía. En el invierno de aquel año, las «cocinas económicas» distribuyeron una media de seiscientas comidas diarias.

Para sostener la iniciativa, vendió su preciosa cruz pectoral y la sustituyó por otra de latón. En los primeros meses de 1945, instituyó otras «cocinas económicas» para los mineros desocupados (había visitado todas las minas de la provincia).

A los sacerdotes que habían ido a preguntarle, en 1945, cómo comportarse con aquellos que votaban a los comunistas, respondió así:

Antes de dictaros las normas a seguir, doy por sentado que ciertas actitudes de nuestro pueblo no deben ser ordinariamente consideradas como adhesión a las teorías marxistas [...], sino como la expresión de un ánimo exacerbado por la miseria en que se vive, la desocupación que se extiende y, sobre todo, el deseo de tener un trozo de tierra donde trabajar...

Lo que estoy recordando de él, respecto de su complejo y articulado trabajo en la diócesis, podrá parecer parcial o limitativo, pero estas páginas no pretenden ser su biografía exhaustiva.

Massimo Ganci ha escrito que el asalto al latifundio y su consiguiente eliminación significaba el asalto político y la eliminación no sólo de los propietarios rurales, sino de toda la sociedad siciliana. En resumen, el latifundio era la única ganzúa capaz de irrumpir en las doradas estancias de los blindados palacios nobiliarios.

De esto eran muy conscientes algunos curas que, animados por las ideas políticas del padre Luigi Sturzo, no dudaron en alinearse contra los propietarios rurales. El padre Niccolò Licata, arcipreste de Ribera, escribía en 1911 en su periódico, significativamente llamado *Il Lavoratore*, un artículo en el cual había frases como éstas:

El latifundio es una bala de plomo atada a los pies de Sicilia... la producción agraria de Ribera daría el triple sin el latifundio.

Y no sólo contra los propietarios rurales. Los sacerdotes Gandolfo y Graceffa organizaron una huelga en la que participaron cuatro mil azufreros. Y también otros sacerdotes fueron muy activos: el padre Michele Sclafani (que fue mi profesor ejemplar de religión: «¿Qué creéis, muchachos, que la religión es sólo rezar a Dios en la iglesia?»), el padre La Rocca, el padre Martorana, los canónigos Morinello y Di Prima que, en la zona de Agrigento, fueron llamados «los curas sociales».

Los propietarios rurales se preocuparon tanto que el marqués Antonio de Gregorio, delegado de los terratenientes en el primer concilio plenario sículo de 1920, dijo públicamente, dirigiéndose al legado pontificio:

Eminencia... Creo que es útil, más aún, necesario discutir en este agosto congreso la actitud asumida por muchos sacerdotes inscritos en el partido popular, los cuales olvidando los sagrados preceptos de no desear lo ajeno y aún menos de no robar, incitan a las masas turbulentas a invadir y a adueñarse de las tierras ajenas, predicando desde el púlpito que el derecho de propiedad ya no existe.

El marqués De Gregorio actuaba con total mala fe.

Ni los curas que he citado antes, ni otros, como Torregrossa, Lo Cascio, Scrimali, Gurrera, etc., soñaron jamás con proclamar que la propiedad ya no debía existir (en efecto, el marqués, más adelante, insistiendo en su mentira instrumental, los llama incluso bolcheviques), sino que sostenían con fuerza y convicción que la propiedad debía extenderse también a quien no poseía nada y que para obtenerlo se necesitaba la justicia social, una distribución más equitativa de la riqueza.

La prohibición de los partidos políticos deseada por el régimen fascista obligó al silencio a los curas sociales.

Pero el obispo de Agrigento los quiso a su lado, aunque manteniéndolos necesariamente «dormidos».

En los años de la guerra, y sobre todo en el último, cuando los bombardeos angloamericanos se intensificaron, la actitud de Peruzzo fue ejemplar. Nunca abandonó su puesto para «largarse» a lugares más seguros. Hizo volver a casa a los seminaristas para poner los locales del seminario a disposición de la Cruz Roja, del mismo modo que también cedió el palacio episcopal proveyéndolo de cincuenta y cinco camas para los heridos.

Sobre el latifundio, el obispo tenía desde siempre una idea firme y precisa. Muy favorable a las leyes del ministro (comunista) Gullo, tal como lo había sido de las fascistas, escribió al cardenal Lavitrano, que desde Palermo coordinaba el trabajo de los obispos sicilianos: «La división del latifundio en manos de la nobleza siciliana es una verdadera gracia de Dios». Sólo estaba preocupado por el «modo» en que se estaba produciendo esa «división» y temía un enfrentamiento de aún más vastas proporciones. No puso en duda que esas tierras debían ir a los campesinos (fue el único obispo de Sicilia que tomó esta posición), pero quería que la «división» se efectuara sin un ataque frontal.

En sus cartas pastorales se dirigía sobre todo a los «ricos [que] no ven el abismo que se abre bajo sus pies», a los «señores», invitándolos a respetar a los trabajadores que son «vuestros más grandes benefactores, porque con su trabajo os permiten ser señores».

Y escribió a los párrocos (a los que ya había exhortado a «salir de las sacristías»):

Debéis defender los derechos de los pobres y los trabajadores, incitando a los ricos a ser justos, caritativos y generosos, recordando a todas las autoridades constituidas la obligación que tienen de estar cada vez más cerca sobre todo de los más débiles y abandonados.

Enzo di Natali, que ha estudiado los escritos «sociales» del obispo, ha sintetizado el pensamiento de Peruzzo en cuatro palabras: para él, el latifundio era «una estructura de pecado».

Para los propietarios rurales, el obispo de Agrigento representaba, pues, un verdadero peligro. Dotado de fuerte carisma y de una convincente y apasionada elocuencia, Peruzzo había sabido conquistar un amplio séquito. En los primeros meses de 1945 comenzó, además, a correr la voz de que Peruzzo, nombrado cardenal, habría sustituido en Palermo al cardenal Lavitrano, que era el coordinador de las actividades de los obispos sicilianos. Así, la influencia de Peruzzo se amplió enormemente. Y ésta, para los propietarios rurales, habría podido ser una verdadera desgracia.

Pero el intento de quitárselo de en medio con la celada de la Quisquina no lo doblegó ni lo asustó: una vez recuperado, continuó su lucha al lado de los campesinos con más vigor que antes.

No quiso ser trasladado a otra parte. Murió en julio de 1963, a los ochenta y dos años, cuando todavía era obispo de Agrigento.

En conclusión, una pequeña historia personal para aclarar mejor su atención hacia los jóvenes.

En 1942, un grupo de estudiantes de instituto consiguió hacerse exonerar, con diversos pretextos, de las tediosas concentraciones del sábado fascista. A cambio, el secretario de la federación quiso que esos jóvenes, los sábados por la tarde, se dedicaran a algún trabajo. Eligieron ir a una imprenta, donde aprendieron a componer y a compaginar.

De una cosa sale otra y se les ocurrió hacer un periódico para los estudiantes del instituto y la escuela de maestros. La cabecera representaba un asno. También consiguieron obtener papel para imprimirlo.

Yo escribí algunos artículos, incluso de política. Hacia finales de año, el padre Angelo Ginex, uno de los curas «sociales» más jóvenes, amigo mío, me dijo que el obispo quería hablar conmigo, pero no supo decirme de qué. Durante la noche anterior al encuentro no pude dormir; estaba demasiado agitado. Había oído hablar dos veces a Peruzzo, y casi me había dado miedo. Era arrebatador. Me recibió con verdadera cordialidad a las siete de la mañana («No quería que perdieras horas de clase»), se informó de si pertenecía a la Acción Católica y le dije que no. Sobre la mesa tenía los primeros cuatro números de nuestro periódico.

En este punto, quiso saber quién inspiraba mis escritos.

—Nadie —respondí.

—¿Qué lees?

—Todo lo que me cae en las manos.

—¿Sabes quién es Marx?

—Sí, pero no he leído nada suyo. Perdona, excelencia, pero ¿por qué me hace estas preguntas?

—Porque tus ideas son comunistas, hijo.

Las piernas me temblaron, empecé a sudar. ¡¿Comunista, yo?! ¡Pero si mi padre era de las brigadas fascistas! ¡Si en mi familia todos eran, aunque tibiamente, fascistas!

Vio mi espanto, estaba a punto de desmayarme. Cogió un artículo mío, leyó una frase y me preguntó:

—¿Es harina de tu costal?

No lo era, se lo dije con un poco de alivio. Lo había parafraseado de una revista de los Jóvenes Universitarios Fascistas de Bolonia. Leía casi todas sus revistas, añadí.

Me entretuvo un rato más, luego me despidió de tal modo que comprendí que le había caído simpático. Me recomendó que estuviera en contacto con el padre Angelo Ginex.

El tal Ginex, evidentemente de acuerdo con el obispo, a principios de 1943 comenzó a reunir a los jóvenes (yo también estaba) en la sacristía de la iglesia de San Francisco, explicando imparcialmente *El capital* y la *Rerum Novarum*. Pero, entretanto, yo había leído *La condición humana*, de Malraux, que había pasado no se entiende cómo a través de las mallas de la censura fascista, y me había persuadido de que el obispo, diciendo que manifestaba ideas comunistas, no se había equivocado demasiado.

Luego, entre nosotros, en la inmediata posguerra, comenzó a arreciar el separatismo. Bandas armadas con fusiles ametralladores del EVIS circulaban de noche por las calles de los pueblos.

Con algún amigo de Porto Empedocle (los hermanos Burgio, Cumella, Jacobs, Fiorentino, etc.) pensamos en reabrir las secciones de los partidos prefascistas para podernos conectar con ellos a medida que Italia fuera liberada. Era una manera de no quedarnos aislados, presos de los separatistas. Pero para hacerlo debíamos pedir la autorización del comandante americano de la AMGOT, la administración de los territorios ocupados.

El coronel americano permitió que se volvieran a abrir las secciones de todos los partidos, salvo la del comunista, que era la sección que me había asignado a mí mismo. Fue inflexible.

Entonces tuve un golpe de ingenio, debido sin duda a la juventud, y pedí audiencia con el obispo.

Se mostró contento de verme. Le expuse nuestra idea antiseparatista y le dije que el jefe de la AMGOT estaba absolutamente en contra de la apertura de la sección comunista.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó.

—Que usted, excelencia, intervenga ante los americanos para dejarme abrir la sección.

Se lo pensó largamente, en silencio. Luego dijo:

—Mejor tú que otros.

En el momento de despedirme, esbozó una media sonrisa.

—¿No te había dicho que eras comunista?

No respondí. El hecho es que antes de una semana me llegó el permiso de la AMGOT.

Pero cuando regresaron los verdaderos comunistas, los que habían padecido años de cárcel y destierro, no quisieron reconocermme como secretario de la sección y me echaron considerándome un intruso pequeñoburgués.

SOR MARÍA CRUCIFICADA DE LA CONCEPCIÓN

Isabella, segunda hija de Giulio Tomasi y de Rosalia Traina, nació el 29 de mayo de 1645. Otra hija mujer, cuando sin duda los padres habrían preferido un hijo varón.

En el momento exacto en que vio la luz, la recién nacida fue destinada a convertirse en monja. Sin posibilidad de reconsideración. Y no por alquimias y conveniencias dinásticas, cuidado, sino por explícita indicación divina. «Se observó —escribe Turano, su biógrafo del siglo XVIII— que vio la luz cubierta por un velo (además de los dientes con los que suelen nacer los niños). Desde ese momento, aquellos despojos misteriosamente duplicados por el Cielo indicaron que debía ser monja». La prosa de Turano es algo desastrada, pero el concepto está claro.

Por tanto, la decepción de la pareja Tomasi fue resarcida de inmediato: desgraciadamente, la hija era mujer, pero estaba tocada por la gracia de Dios. Y su fervor religioso subió hasta las estrellas.

Pero no se trata sólo de fervor religioso.

La futura profesión de Isabella y de sus tres hermanas; la posición alcanzada en Roma entre los teatinos por el gemelo de Giulio, Carlo; y la ida a Roma, entre los teatinos, del hijo varón Giuseppe Maria, que se convertiría en cardenal (y luego sería santificado), formarían ciertamente parte «de un juego en equipo de la familia ducal siciliana, de interrelación de papeles y de saberes entre los miembros de un mismo grupo de parentesco decidido a “fundar casas tanto en la tierra como en el cielo”» (S. Cabibbo).

La pequeña era enfermiza, siempre parecía atónita y temerosa, como encerrada y atenta a su dolor interior; la cabeza no le regía demasiado, parecía «aniquilada por Dios», como escribió otra vez el biógrafo Turano, que añadió despiadadamente: «Una vasija de asco, una masa corrupta, un licor de peste y en el interior un no sabes, no puedes, no vales, no eres, no debes».

A la niña se le infligía una continua y cotidiana devastación de sí misma *ad majorem Dei gloriam*. La elegida debía ser educada rigurosamente para la elección.

Y a los trece años o poco más Isabella expresó al fin su deseo de convertirse en monja. ¿Podía disponer de sí misma de otra manera?

Isabella aún no había terminado de declarar su deseo cuando en torno a ella se desencadenó una frenética actividad para satisfacerlo. Como ya hemos escrito, para no perder tiempo, Giulio Tomasi incluso cedió su palacio para que se convirtiera en el convento de su hija. Gastó muchísimo para obtener la autorización inmediata de los superiores, se dirigió a Palermo para encontrar hermanas, conversas, institutrices y abadesas que pudieran poblar el convento instituido para complacer a su hija.

La cual, en aquel convento, nunca tendría ningún cargo, sería sólo y siempre una simple monja, pero a través de su misticismo, sus prácticas religiosas cotidianas, sus

éxtasis y sus arrobamientos, sus milagros y sus escritos, sor María Crucificada de la Concepción dictaría las verdaderas reglas de vida de la comunidad.

Entre las cuatro paredes de la celda, sor María Crucificada erigió una cruz invisible, hecha de ayunos, plegarias y cilicios, en la cual se crucificó diariamente.

Cayó en éxtasis frecuentes, aparecieron los signos exteriores de su febril tensión emotiva, que penetró como una corriente invisible en cada celda del convento, casi impregnando los mismos muros. El convento empezó a levitar por su misticismo.

Comenzaron numerosas manifestaciones de inexplicables prodigios.

Le apareció, de repente, en el pecho, una cicatriz en forma de corazón. Un doble corazón. Este segundo corazón ¿es una proyección de aquel sangrante de Jesús?, se preguntaban las hermanas.

Pero al respecto hay una versión distinta. En el pecho de sor María Crucificada no se grabó «milagrosamente» (porque otras monjas se lo hacían marcar a fuego) un corazón, sino «una cruz que en el extremo de los dos brazos tenía las letras A y S, *Amor Sculpsit*» (Cabibbo - Modica).

Durante algunos días su cuerpo emanó un intensísimo perfume «celestial», como el que desprende un rosal.

Adquirió capacidades proféticas. O, mejor dicho, adivinatorias. Porque sus profecías eran, digamos, a corto plazo. Profetizó el cardenalato de su hermano «Gioseffo». Pero sus profecías no siempre eran muy claras.

Hasta el punto de que su sobrino Giulio Maria, en una carta a una tía monja del mismo convento de sor María Crucificada, además de preguntar si el prodigio de aquel perfume celestial no podía repetirse en las fiestas de guardar (no se entiende el sentido de la pregunta, porque de aquel perfume celestial sólo habrían podido disfrutar las hermanas), esperaba sobre todo que sor María Crucificada, en sus adivinaciones, pudiera expresarse con «exactísima oración», de modo que todo pudiera ser «adivinado» como «si fuera una gitana».

Con muchos devotos saludos a la santidad de la tía.

Sor María Crucificada escribió y escribió a la merced de un impulso irresistible. Cartas a la familia, en especial a su hermano Giuseppe Maria, con el cual mantuvo una densa correspondencia, cartas a las hermanas de celda a celda, pero sobre todo escritos de tema religioso que, recogidos en el siglo XIX en dos volúmenes titulados *Visiones y revelaciones*, hacen de ella una escritora relevante en el ámbito de la literatura mística.

En *El gatopardo*, Tomasi di Lampedusa cuenta lo siguiente del convento y de la beata Corbera (que no es otra que la venerable sor María Crucificada):

Costumbres seculares exigían que el día siguiente al de la llegada la familia Salina se dirigiera al monasterio del Espíritu Santo a rogar sobre la tumba de la beata Corbera, antepasada del príncipe, que había fundado el convento y que allí había vivido y muerto santamente^[1].

Y aún:

En aquel lugar todo le gustaba, comenzando por la humildad del tosco locutorio, con su bóveda de cañón centrada con *El gatopardo*, con la doble reja para las conversaciones, con el pequeño torno de madera para hacer entrar y salir los mensajes, con la puerta bien ajustada...

Y Tomasi di Lampedusa cuenta también cómo el príncipe de Salina se edificaba

al oír contar por vigésima vez a la abadesa los ingenuos milagros de la beata, viendo cómo ella le indicaba el rincón del jardín melancólico donde la santa monja había dejado suspendida en el aire una enorme piedra que el demonio, molesto por su austeridad, le había lanzado encima. Se asombraba siempre viendo enmarcadas sobre la pared de una de las celdas las dos cartas famosas e indescifrables que la beata Corbera había escrito al diablo para convertirlo al bien y la respuesta que, según parece, expresaba la amargura de no poder obedecerla.

Las biografías de sor María Crucificada nos hablan de su casi cotidiana lucha con el diablo.

Lucha espiritual, desde luego, pero que a veces degeneraba en enfrentamientos físicos que dejaban contusiones, abrasiones y equimosis en el cuerpo de la monja. Contrariamente a cuanto afirma Tomasi di Lampedusa, otros sostienen que el intento de lapidación por parte del diablo tuvo lugar después de una acalorada discusión con sor María Crucificada sobre temas altamente teológicos. La gran piedra fue detenida en el aire por el brazo tendido de ella, un fluido invisible salió de su mano interrumpiendo su trayectoria. Por tanto, la piedra cayó lentamente al suelo. La piedra fue conservada y, a continuación, puesta en la tumba de sor María Crucificada.

He tenido ocasión de ver una de las famosas cartas de las que habla Tomasi di Lampedusa, conservada temporalmente en el «tesoro» de la catedral de Agrigento. La escritura, de caracteres absolutamente indescifrables, pero ordenados en rayas perfectamente lineales, tiene una gran belleza. Es claramente una escritura «inventada» (G. R. Cardona, *Historia universal de la escritura*, Milán, 1986) y sólo una palabra, «¡ay!», está escrita con nuestros caracteres.

¿Tomasi di Lampedusa se refiere precisamente a ese «¡ay!» cuando comenta con mal disimulada ironía la pena del diablo por no poder obedecer la exhortación de cambiar de vida que le dirige la monja?

En realidad, las hipótesis sobre estas cartas son al menos dos.

La primera es que no se trata de cartas escritas por sor María Crucificada al diablo.

Los diablos, ya se sabe, tienen la facultad de poder hablar instantáneamente todas las lenguas del mundo, lo que es indispensable para el desarrollo de sus actividades porque, en caso contrario, deberían tentar a los humanos sirviéndose de una caterva de intérpretes.

Si la carta la escribió la monja, esto quiere decir que ella conocía alguna lengua secreta de los diablos, del tipo de *Papé Satán, Papé Satán, aleppe*.

Pero ¿quién podía habérsela revelado a la monja sino el diablo mismo?

¿Y qué provecho podía sacar el diablo de revelárselo poniendo en peligro los secretos de las cohortes diabólicas?

Algunos sostienen que esas cartas las escribió la monja, pero bajo el dictado del maligno. Y volvemos al problema inicial: ¿cómo sabía el modo que debía escribirse lo que le dictaba el diablo?

La segunda hipótesis es que esas cartas fueron enviadas por el diablo a la monja.

Y volvemos al principio: ¿cómo podía sor María Crucificada entender lo que estaba escrito en ellas?

Además, se preguntan autorizados estudiosos de demonología, ¿por qué las cartas no están firmadas? El diablo solía «firmar» sus cartas con una especie de huella digital: ponía encima el pie caprino y la pezuña ardiente quemaba el pergamino. Aquí no hay rastro de quemaduras, por tanto probablemente se trata de falsificaciones.

Pero existe la verdad de sor María Crucificada, que cuenta ese episodio de manera completamente distinta.

Una noche —escribe— aparecieron misteriosamente dentro de su celda unos individuos horribles, en los cuales su ojo ejercitado reconoció rasgos diabólicos, que discutían animadamente. Luego uno de ellos se sentó y, tras escribir algo en una hoja, le dirigió la palabra con un tono intimidatorio. La monja no lo entendió y se fueron vociferando, probablemente con imprecaciones. El asunto se repitió la noche siguiente, fue la exacta repetición de lo que había ocurrido la noche anterior. Con una única diferencia: el segundo escrito difería claramente del primero. En conclusión, un misterio también para sor María Crucificada.

A los veintitrés años fue presa de un mal inexplicable para los médicos de su tiempo. Sin avisos de fiebre u otros malestares, de repente sufrió una regresión al estado infantil. Perdido el uso de la palabra, ni escuchaba ni reconocía a nadie.

Sor María Seráfica (en el siglo Francesca Tomasi, la hermana de Isabella, que se había convertido en abadesa) testimonió que en general «lloraba como una niña», y a veces reía, sentada en medio del camastro con los ojos desorbitados. Añadió que «para hacerla comer era preciso que quien se lo llevara abriera la boca y fingiera masticar el bocado y Crucificada, mirándolo con mucha atención, hacía exactamente lo que veía hacer».

También en ese estado «a menudo se quedaba arrobada, del todo carente de sentimientos, completamente tiesa».

Los médicos no entendían nada. Para hacerla volver en sí de aquellos «arrobos»

la ataban con «fuertes ligaduras» a las hermanas más robustas que, tirándola de todos lados, intentaban que volviera a tener los pies en la tierra.

El confesor Fortunato Alotto, en cambio, nunca tuvo la más mínima duda: se trataba «de la obra de Dios obrada en Crucificada por caminos sobrenaturales».

Era también la opinión de la abadesa y de las hermanas que montaron en su celda un pequeño altar con muchas velas dedicado a san Transpadano y se pusieron a rezar en voz baja. Registró sor Seráfica:

Aquella de pronto se quedó arrobada y, con la cara rubicunda y mirando al santo, dijo *rubens ardens incombustus* y permaneció un buen rato mirando sin mostrar ningún signo vital.

Otra vez, después de haber tomado la comunión, la cara se le transformó en la de un serafín.

Luego, lentamente, se recuperó.

En los últimos tiempos la vida en el convento del Santísimo Rosario se le hizo estrecha. Estaba sujeta a la observación continua por parte de sus superiores y de las hermanas que la sometían a una estricta vigilancia para captar incluso la más mínima manifestación de su «santidad».

Escribió entonces a su hermano Giuseppe Maria a Roma pidiendo un «traslado». Y eso que en los primeros tiempos, siempre que se dirigía a su hermano, cantaba loas a la belleza de la vida comunitaria. Pero se sentía espiada, temía que sus cartas, interceptadas, no llegasen al destino deseado. Quería ir a un «lugar más desconocido y de mayor penitencia», y añadió:

Todo lo que no encuentro aquí, porque estoy engañando, siendo tomada por aquello que no soy, al ser pecadora cuando ellos me creen santa.

Pero la respuesta de su hermano teatino, futuro cardenal y futuro santo, que nunca había visto con demasiada condescendencia los excesos místicos de su hermana, puntualmente referidos por la otra hermana, la abadesa, fue dura y severa:

Tú crees haber engañado al mundo con tus falsedades. Pero no entiendo qué entiendes por mundo: porque salvo el confesor, ya muerto, y otras pocas personas, el mundo ni siquiera sabe que existe Palma y su monasterio.

Pero atención. Del epistolario emergen otros aspectos, menos conocidos, de sor María Crucificada. Su ideal místico no parecía siempre consistir «en la negación de sí misma», sino, al contrario, en un deseo, frustrado por la condición en la que se encontraba, de hacer, de actuar. La negación de sí misma a veces parecía una

renuncia hecha apretando los dientes, en nombre de la obediencia, a una vida no pasiva, sino concretamente laboriosa. Hacia mediados de los años ochenta trató de algún modo de «evadirse» del monasterio para fundar otro en Scicli, pero no se le permitió.

Se lamentaba, en aquellas cartas, «de nuestros marmóreos tiempos», en comparación con «aquellos benditos tiempos en que los santos apóstoles, los mártires de Cristo día y noche propagaban nuestra santa fe».

Pero estas pulsiones permanecieron ocultas en las páginas escritas a su hermano. Ya era demasiado tarde, sor Crucificada estaba condenada a permanecer dentro de la imagen de sí misma que ella había contribuido poderosamente a crear.

Murió, naturalmente en olor de santidad, en 1699.

La curiosidad de los demás no la perdonó ni siquiera una vez muerta. El cuerpo de la monja literalmente se deshizo, destrozado por las manos de quienes la tocaban.

Escribió la intachable sor seráfica:

Se encontraron las ropas podridas, empapadas de agua, la cabeza separada de los hombros, igual que los brazos, pero de los codos a las manos, enteras y cubiertas como de un blanco cuero, y de los codos a los hombros, los huesos descarnados, es decir, la cabeza, el cráneo y la calavera, toda entera, y todo el cerebro fresco y blando, como de persona viva... Se le sacó poco a poco todo de la cabeza, y monseñor y el señor abad la mantuvieron un buen rato en sus manos con mucha ternura, besando varias veces aquella bendita cabeza... Pusieron el cerebro en una cajita recogida entre telas y algodones en el mismo ataúd, junto con los ganglios y los dientes y otros trocitos de huesos pequeños. El pecho estaba descarnado, pero no del todo, creo que de los senos hacia arriba... Tanto a la vista como al tacto mantenía todas las vísceras enteras, igual que la parte del pecho no consumido, aunque estaban todas secas, o retraídas, el vientre, el estómago tan entero que no faltaba nada, como también la parte de atrás de la misma parte, las rodillas, las piernas y los pies, exceptuadas las extremidades, todas enteras y blancas, y la rodilla suspendida sin poderse colocar como un Cristo en la cruz.

Sor Seráfica había escrito al principio de su relación que habían «puesto las manos sobre» el cadáver «para limpiarlo». Acabaron haciéndole una torpe autopsia.

En 1797 fue proclamada venerable.

Durante siglos la espiritualidad encendida y apasionada de sor María Crucificada de la Concepción siguió influyendo en el pensamiento de las hermanas que consideraban un gran privilegio haber sido acogidas en el convento del Santísimo Rosario de Palma di Montechiaro.

3

EL HECHO

Aunque era julio, los mil metros de la Quisquina hacían la velada tan fresca que era una delicia. El aire ligero y punzante que olía a pino ensanchaba el pecho y limpiaba los pensamientos.

El obispo y el padre Graceffa estaban sentados en las piedras y permanecían en silencio. El padre Graceffa debía descansar de la breve caminata por el bosque.

No pasó ni un minuto cuando un fusilazo imprevisto, disparado a pocos metros de distancia, estalló con un gran estruendo, vuelto aún más fuerte por la quietud absoluta que había en torno. El obispo oyó el proyectil silbando a pocos centímetros de su cabeza e instintivamente se levantó de un salto, extrañado, miró a su alrededor, no entendió nada de lo que estaba sucediendo.

—¡Al suelo! —le gritó el padre Graceffa.

Peruzzo hizo un amago, pero los emboscados no le dieron tiempo. Dispararon de nuevo y esa vez le alcanzaron: el obispo tuvo la impresión de haber sido golpeado cuatro veces. En realidad, los tiros que lo hirieron fueron sólo dos: uno le perforó el pulmón y el otro le rompió el antebrazo izquierdo. Eran proyectiles correspondientes al mosquete modelo 91, usado por nuestros soldados a partir de la gran guerra.

Volvió el silencio absoluto.

El obispo tenía sesenta y siete años y estaba herido de muerte. Pero, hijo de aldeanos, era un hombre físicamente muy fuerte y robusto.

Consiguió levantarse del suelo y, apoyándose «en el débil brazo» del padre Graceffa, comenzó a caminar penosamente hacia la ermita. El padre Graceffa, por su parte, si no conseguía mantenerse erguido antes, imaginémosnos ahora, preso del miedo y la emoción.

A los pocos pasos, Peruzzo perdió las fuerzas, pensó que le había llegado el momento de morir.

Después de comer se había confesado con un padre pasionista que había venido a visitarlo. Pero ahora quería confesarse de nuevo. Los dos, para mantenerse en pie, se apoyaron en un árbol y el padre Graceffa lo confesó.

Continuaron su vía crucis.

Después de un momento, Peruzzo tuvo escrúpulos: ¿lo había confesado todo, se había limpiado completamente el alma, o la situación le había hecho olvidar algo? Por las dudas, se confesó por segunda vez, mientras seguía perdiendo sangre como una fuente.

Justo delante de la puerta de la ermita, se cayó de cara al suelo y no consiguió levantarse. El padre Graceffa, infeliz, se arrodilló a su lado. Le faltó la voz incluso para pedir ayuda a los que estaban dentro de la ermita y no habían oído nada.

—Vaya a buscarme el santísimo —dijo Peruzzo con el poco aliento que le quedaba.

Quizá no había conseguido pronunciar esas palabras, le había parecido decirlas, pero sólo las había pensado.

En efecto, el padre Graceffa entró agotado en la ermita no para buscar el

Santísimo, sino para mandar al pueblo al cocinero criado en busca de ayuda.

El obispo, medio desvanecido, se puso a rezar por sí mismo y por sus amados «hijos de Agrigento».

Pasó un cuarto de hora y Peruzzo sintió que recuperaba algo de fuerza. Luego se sabría que en el pulmón se le había formado una especie de neumotorax, de otro modo habría muerto desangrado.

Haciendo palanca con el brazo derecho, porque el izquierdo le colgaba tronchado por el disparo, se levantó y, apoyándose en las paredes, llegó a su cuarto y se echó en la cama.

El padre Graceffa lo buscó, lo encontró y trató de taponarle las heridas, pero no lo consiguió, entonces se arrodilló junto a la cama y se puso a rezar en voz baja. A las nueve y cuarto, es decir, una hora y media después de la celada, llegaron los carabineros y dos médicos de Santo Stefano «con los primeros auxilios». A las tres de la madrugada se presentó también un médico de Agrigento, el doctor Sciascia, con una ambulancia. Pero el coche no pudo recorrer los últimos tres kilómetros porque el sendero de campaña era impracticable, más que nada era un atajo, un camino de herradura.

De común acuerdo, el médico de Agrigento y los de Santo Stefano se persuadieron de que el herido no era trasladable si antes no era operado. Y además estaba demasiado débil.

Afortunadamente, los carabineros se habían puesto a buscar al profesor Raimondo Borsellino. Llamaron a sus diversos cuarteles, lo localizaron en un pueblecito de la provincia de Agrigento, le explicaron el asunto y el profesor respondió que llegaría lo antes posible.

En efecto, subió a la Quisquina a las cuatro de la madrugada.

Pero el profesor Ramunnu Borsellino merece un pequeño paréntesis.

El obispo, en la carta que escribió a Pío XII para contarle la historia, lo define como un «excelente cirujano». Quizá fuera algo más, era un cirujano absolutamente genial.

Pequeño de estatura, nervioso, descortés y taciturno, en realidad era un hombre tímido y de una generosidad ilimitada.

En los años de los terribles bombardeos angloamericanos, había tenido una buena idea. Considerando que demasiados heridos morían porque no había tiempo ni medios para llevarlos al hospital inmediatamente después de un bombardeo, el profesor se presentaba y operaba a los heridos en la primera casa sana que encontraba. Como en un verdadero campo de batalla.

Para los desplazamientos se servía de su coche, yo lo recuerdo enorme, conducido por un chofer, porque él no sabía conducir.

Acabada la guerra, como escaseaban los hospitales o no había camas, se puso a hacer de cirujano volante, operando de casa en casa. El día anterior a la operación

pasaba por la vivienda del enfermo, elegía la habitación, la hacía limpiar y desinfectar y luego operaba, el día establecido, acaso sobre la mesa de la cocina. Así lo hizo también con mi madre, que no conseguía encontrar cama en el hospital.

Dado que no podía esterilizar los instrumentos empleados para cada operación, llevaba consigo un conjunto de instrumentos ya esterilizados distribuidos en cinco o seis maletines. Cada maletín era un *set*, como se diría hoy, de cirujano de campo.

Y también llevaba consigo algunas batas blancas. Las sucias, las metía en un saco que tenía en el maletero. Como asistente, cogía al médico del pueblo. Lo repito, hacía verdaderos milagros. Hombre religioso, no soportaba a los párrocos en las intermediaciones del sitio donde debía trabajar.

—O usted o yo —dijo un día a un párroco al que vio en el cuarto de al lado del paciente que ya estaba tendido a la espera.

—¡Pero es mi hermano! —dijo el párroco.

—Entonces opérelo usted —espetó el profesor, marchándose.

Sólo volvió cuando tuvo la plena seguridad de que el párroco se había ido.

Se convirtió en una leyenda viva. A menudo y de buen grado no cobraba. El pueblo inventó una cancioncilla sobre él. Recuerdo dos versos:

Y pasa Bursallino
con la cabeza torcida...

Porque, como pasaba las noches operando, dormía en el coche, con la cabeza apoyada en una almohada blanca, aprovechando los desplazamientos de un pueblo a otro. De tanto dormir así, el cuello se le había quedado un poco torcido.

Se dejó convencer por los notables de la Democracia Cristiana sicilianos para presentarse como diputado nacional. Fue elegido con centenares de miles de votos de preferencia. Atrapado por la política, dejó de operar, estaba siempre en Roma. Entonces los comunistas sacaron una especie de eslogan: «¡Bravo! Habéis cambiado un cirujano sin igual por un diputado de mediana estatura». En las siguientes elecciones, se presentó de nuevo. Obtuvo una decena de votos de preferencia. Volvió a operar como antes y cuando pasaba por las calles con el coche la gente aplaudía.

Raimondo Borsellino, como de costumbre, operó magistralmente a Peruzzo sobre la mesa del refectorio. Pero esta vez tenía la asistencia de nada menos que tres médicos. Un verdadero lujo, para él.

«Hubo cortes dolorosos y una peligrosa transfusión de sangre», escribió Peruzzo en una carta al Papa. La sangre se la dio un párroco llamado Sortino.

A las nueve de la mañana Borsellino estableció que el obispo podía hacer el viaje hacia el palacio episcopal de Agrigento. No estimó necesario enviarlo al hospital.

Los carabineros lo cargaron como mejor pudieron («por tres kilómetros de senderos alpinos», escribió el obispo) y lo llevaron a la ambulancia, que estaba

detenida justo a tres kilómetros de distancia. De Santo Stefano a Agrigento había 85 kilómetros de camino, hechos a paso de hombre; en cada aldea había gente que lo esperaba, se arrodillaba y rezaba. Sólo entonces se comprendió cuánto lo querían. El obispo llegó a su palacio a las dos de la tarde. Durante seis días su vida corrió peligro.

Aún no había llegado a mi región el tiempo de las matanzas a lo grande de magistrados, carabineros, policías y párrocos. Había habido, y seguía habiendo, de sindicalistas y de algún político de segunda fila, pero entraban en el marco de la guerra entre propietarios rurales y campesinos.

Por tanto, el intento de homicidio de un hombre de la Iglesia de rango tan elevado constituyó una novedad absoluta que conmovió a todos.

Y aún no había llegado el otro tiempo, el tiempo de echar la culpa de todo lo que pasaba a los comunistas; y es preciso decir que Peruzzo, contra el comunismo, siempre había tenido palabras incendiarias. Por eso se comprendió de inmediato que los tiros no habían sido disparados por la izquierda, ni siquiera el más malévolo se aventuró a pensarlo.

¿Entonces quién había sido?

El *Giornale di Sicilia*, el único que se publicaba en la isla, a pesar del alboroto que había provocado el hecho, de los telegramas de toda Italia y del Papa, de la gente de rodillas que rezaba delante del obispado, de las continuas funciones en las iglesias, los obispos, los altos prelados, los políticos que llegaban en tropel a Agrigento, sólo el día 12 de julio se decidió a dar la noticia en la primera página (antes la había dado en sucesos):

De las primeras indagaciones se desprende que el atentado fue ejecutado por una banda que hace correrías por el territorio y, desde hace tiempo, es activamente buscada por la policía. El atentado se relaciona con la campaña de conferencias que Su Excelencia ha organizado contra el bandolerismo.

Han llegado desde Palermo monseñor Di Leo y el abogado Bernardo Mattarella, además del inspector general de Seguridad Pública, comendador Messana, con el comisario jefe, caballero Urso, y grupos de la Seguridad Pública.

Sobre la indagación en las causas del delito se mantiene la más absoluta reserva. Entre el pueblo corren los rumores más disparatados y contradictorios.

De la monumental (más de quinientas páginas) biografía de G. B. Peruzzo escrita por el canónigo Domenico de Gregorio, no resulta en absoluto que el obispo se empeñara en primera persona en una campaña contra el bandolerismo. Como sugiere el periodista, quizá aconsejara a algún sacerdote que hablara de ello a los fieles. La campaña de Peruzzo no concernía al bandolerismo, sino al latifundismo.

Y por otra parte, ¿qué decían esos rumores disparatados y contradictorios?

La contradicción sólo podía ser una: entre quienes decían que al obispo le habían disparado por una venganza privada y quienes, en cambio, se aventuraban a sostener que el atentado era la consecuencia lógica de la firme posición de Peruzzo sobre la ocupación de los feudos.

El periodista ya no volvería sobre el tema, lo cual habría sido muy interesante.

Al día siguiente, el *Giornale di Sicilia*, tras informar de que Peruzzo aún no había sido declarado fuera de peligro y que se le habían extraído varias esquirlas del brazo, añadió:

Siguen las indagaciones y se han realizado varias detenciones. El prefecto y el comisario se han trasladado al lugar del delito.

Detengámonos un momento.

Entre los nombres de los ilustres personajes que fueron a ver al obispo, sobresalen los de Bernardo Mattarella y el comendador Messina.

Mattarella, entonces dirigente de la Acción Católica, poco después de convertirse en un «malfamado» protagonista de la vida política siciliana e italiana. Parlamentario y ministro de todos los gobiernos de la DC, en 1965 fue señalado por Danilo Dolci a la comisión antimafia como un político estrechamente ligado a la mafia desde la primerísima posguerra siciliana, es decir, desde 1943-1944. Dolci no consiguió demostrar su afirmación, que era compartida por muchos. Los hijos de Mattarella, Piersanti y Sergio, seguirían, en cambio, un camino límpido y claro, hasta el punto de que, en 1980, Piersanti fue asesinado por la mafia mientras ocupaba desde hacía dos años el cargo de presidente de la región. Hay un detalle muy significativo: Piersanti nunca quiso ser incluido en la lista del colegio electoral de Castellammare, el feudo paterno.

El inspector general de Seguridad Pública Ettore Messina, pocos años después, vería truncada su brillante carrera cuando se supo que, además de mantener excelentes relaciones de amistad con los mafiosos de Morreale, solía pasar las fiestas de Navidad en Montelepre con el bandido Giuliano, presentándose con un *panettone* y una botella bajo el brazo. Pero, por más que «malfamado», costaría jubilarlo.

Girolamo Li Causi, diputado comunista conocido por su lucha contra la mafia, haría una interpelación parlamentaria al ministro del Interior, Mario Scelba, para saber por qué un hombre así permanecía en su cargo. Pero Scelba necesitaba precisamente hombres así.

Mattarella y Messina, sentados en distintos momentos a la cabecera del obispo, explicaron su común opinión sobre los autores del atentado. Como el gato y el zorro de Collodi. Me juego todo lo jugable que Messina ya tenía en el bolsillo la lista de aquéllos a los que mandar a la cárcel.

En efecto, el *Giornale di Sicilia* del 14 de julio (ni siquiera cinco días después del

intento de homicidio) estaba en condiciones de decir también los nombres de los fallidos asesinos, revelados por nuestro inspector general:

Resulta que mientras monseñor Peruzzo, en compañía de un sacerdote, estaba sentado a unos cien metros del convento, desde una ventana del edificio partían algunos disparos de arma de fuego que golpeaban de lleno al obispo y dejaban ileso al sacerdote que estaba junto a él. De las primeras indagaciones parece resultar que el temible reincidente Paolo [sic] Mortellaro, hijo del finado Antonio, de cuarenta y ocho años, de Alessandria della Rocca, ex fraile conventual del santuario de la Quisquina, fue expulsado, por orden del obispo Peruzzo, por indignidad, al haber cometido actos insanos. El ex fraile presionaba continuamente al obispo para ser readmitido en el convento, pero sin ningún resultado, debido a la firme decisión del prelado. Mortellaro juró venganza y con la complicidad de fray Rosario, en el siglo Di Salvo, de Bagheria, y otro fraile conventual, esperaron en el cruce a monseñor Peruzzo. Parece que sólo Mortellaro disparó el tiro que hirió gravemente al obispo.

El otro fraile conventual, del que no se menciona el nombre, era fray Vincenzo, en el siglo Filippo Cacciatore, de Santo Stefano Quisquina.

En la crónica del día 18 el periodista corrigió algunas imprecisiones:

Ha resultado a la policía que los tres ermitaños se escondieron en el bosque cercano y desde una mata, a veinticinco metros de distancia de donde estaban sentados el obispo y el sacerdote Giuseppe Graceffa, natural del lugar, los malhechores dispararon tres tiros de fusil, pero sólo dos golpearon al obispo, mientras que el sacerdote Graceffa quedó ileso. Se ha verificado igualmente que el primero en disparar fue Mortellaro, quien inmediatamente después se dio a la fuga, desapareciendo junto con sus cómplices.

En síntesis, es lo mismo que escribió Peruzzo al Papa:

Los ermitaños de Santa Rosalía nunca han tenido buena fama y hace unos veinte años su superior fue encontrado muerto con más de sesenta cuchilladas. Los autores fueron encarcelados y algunos de ellos condenados a varios años de destierro. Entre éstos, el peor era fray Antonio Mortellaro, presunto autor del delito, condenado a seis años de destierro y definido por la jefatura de policía como pésimo sujeto y capaz de cualquier delito. Ahora bien, éste, hace seis años, con la connivencia de un prefecto, volvió a la ermita, donde produjo una revolución entre los ermitaños supervivientes, fue acusado de hurto y mantuvo un amorío con una mujer. Evidentemente no se lo podía dejar allí.

Fue advertido y luego excluido a través de la jefatura. Al principio calló y en los dos años transcurridos no se ha vengado. Hoy los tiempos son más propicios para los delitos de sangre y se ha puesto manos a la obra.

Por tanto, todo está claro.

Está el nombre de quien ha intentado el homicidio, están los nombres de sus dos cómplices, hay un móvil preciso y convincente. Enzo di Natali, que ha escrito un libro, *El atentado contra el obispo de los campesinos* (libro que está en el origen de mi escrito y que he utilizado ampliamente), después de haber contradicho al periodista que sostenía que los tiros habían sido disparados desde veinticinco metros (estaban mucho más cerca), se plantea una pregunta muy aguda: ¿por qué los agresores evitaron cuidadosamente golpear al padre Graceffa? ¿Sólo porque no tenía nada que ver con los rencores de Mortellaro hacia el obispo? Vamos, no bromeemos. Presten atención al hecho de que verdaderamente se esforzaron por esquivarlo, dado que se trataba de tiradores bastante inexpertos, hasta el punto de que el primer tiro, el que habría sido disparado por Mortellaro, pasó a pocos centímetros de la cabeza del obispo.

Di Natali trató de dar una respuesta tan inteligente como la pregunta.

En el atentado que sufrió Peruzzo, en mi opinión, el sacerdote Graceffa parece que fue dejado ileso, de manera que no se tomaran en consideración otras pistas y todo quedara en los monjes.

En efecto, así ocurrió.

Pero hay algo más. También el año anterior, en 1944, Peruzzo había estado de vacaciones en la Quisquina. Le escribió al Papa:

También este año he anhelado recogerme en el santuario y ermita de Santa Rosalia...

¿Por qué Mortellaro no aprovechó entonces, mientras aún le escocía la afrenta que le había hecho el obispo? También Peruzzo se lo preguntó y explicó que Mortellaro había esperado a tiempos más propicios. Pero Mortellaro era un delincuente que actuaba por impulso, llevado por la violencia irracional, ni siquiera tenía la capacidad mental de entender si los tiempos eran buenos o no.

No creo que el asunto fuera así.

El hecho seguro es que la posición de Peruzzo en relación a los propietarios rurales se volvió abierta e inequívoca entre 1944 y 1945 y, por tanto, sólo entonces convino en usar el arma Mortellaro, quien quizá no pensaba vengarse, pero se dejó

convencer fácilmente acaso porque le habían prometido, una vez cumpliera su misión, mucho dinero. Pero reclutó a dos cómplices que ignoraban qué se ocultaba detrás del asunto. En efecto, los dos cómplices estaban persuadidos de que no hacían más que ayudar a Mortellaro en su venganza.

Las indagaciones fueron dirigidas personalmente por el inspector general de la Seguridad Pública, el comendador Ettore Messana, de Racalmuto, que ya hemos visto de qué pasta estaba hecho.

En esta ocasión, con mucha habilidad, llevó la investigación hacia donde quería. Vuelvo a repetirlo: menos de cinco días después del atentado, ya estaba en condiciones de dar nombres y apellidos de los fallidos asesinos, de explicar sus móviles y movimientos.

Quizá lo que contó a los periodistas le fue sugerido por aquellos mafiosos de Morreale con los que tenía una gran relación.

Pero había un pequeño problema: nadie estaba en condiciones de confirmar sus afirmaciones.

Había llevado a cabo numerosas detenciones, es verdad, pero se trataba de polvo en los ojos, los arrestados eran delincuentes de poca monta, que no tenían nada que ver con la historia de la Quisquina.

Mortellaro no podía ni confirmar ni desmentir, porque nunca fue arrestado. Después de haber disparado al obispo, desapareció.

Algunos opinan que la mafia le dio dinero para escapar al exterior, mientras que la inmensa mayoría cree que Mortellaro murió de «escopeta blanca», es decir, fue asesinado y su cuerpo se hizo desaparecer en algún pedregal.

No podía vivir, porque podría haber revelado quién estaba detrás de lo que debía ser un homicidio y no lo fue sólo por la impericia de los agresores.

En resumen, de los tres que participaron en el atentado contra el obispo, sólo uno, Onofrio di Salvo, fue condenado a algunos años de cárcel: confirmó palabra por palabra la reconstrucción de Messana. El tercero, fray Vincenzo, ya había sido eximido de cualquier acusación y dejado en libertad.

Entre paréntesis.

Durante el desarrollo del proceso, que se celebró en Sciacca, parece que algún abogado planteó hipótesis diferentes de las que Messana había convertido en concretas, pero la cosa no tuvo ninguna continuidad en el debate.

Digo parece porque el habitual periódico palermitano dedicó poco espacio al proceso.

Naturalmente, el obispo fue convocado, como parte ofendida, por el tribunal de Sciacca para el proceso contra el único imputado. No se presentó, con esta justificación:

El 25 de noviembre debería ir allí: ¿para qué? Un padre no puede declarar

en un tribunal contra su hijo, por más malo que sea. Sólo puede rezar para que se convierta y viva.

Tiempo después, encontrándose Di Salvo en total indigencia, le mandó, a escondidas, una considerable suma de dinero.

De todos modos, quien hoy quisiera consultar las actas de aquel proceso no podría hacerlo.

Los papeles procesales ya no se encuentran ni en Sciacca ni en Palermo ni, pero es mi maliciosa opinión, en ningún otro sitio sobre la faz de la Tierra.

Pero lo que más interesa para la continuación de mi relato es señalar que después de seis días de pronóstico reservado, el obispo Peruzzo fue declarado finalmente fuera de peligro. Porque en esos seis días ocurrió algo largamente ignorado por todos.

4

LA CARTA

En el verano de 2004, en Porto Empedocle, en el bar que frecuento habitualmente, conocí a Enzo di Natali, profesor de religión y licenciado en teología moral, que me regaló el último número de una revista, *Oltre il muro*, tipográficamente bien cuidada, incluso elegante, que se imprime en Agrigento, y un libro suyo, *El atentado contra el obispo de los campesinos*, que tiene como subtítulo *El latifundio como estructura de pecado en el obispo de Agrigento monseñor Peruzzo*.

Hoyeé, mientras hablábamos, la revista. Fue una auténtica sorpresa, en absoluto provinciana y de horizonte restringido, sino que tendía a una profunda relectura de la cultura católica del siglo xx y dedicaba largos e inteligentes ensayos a Reborra, Betocchi, Lisi...

También el libro, impreso en Canicattì en 1999, me resultó interesante, ya que trata de un período que yo, veinteañero, viví con mucha intensidad.

Me prometí ponerlo en la maleta y leerlo con calma en Roma. En el momento de mi partida, me di cuenta de que los libros que quería llevarme de Sicilia eran demasiados para meterlos en una maleta y entonces hice un paquete aparte que mandé a mi dirección romana.

Llegó con un retraso increíble y completamente empapado, como si lo hubieran hecho viajar en la bodega de un vapor que cargaba agua. Saqué todos los libros y los puse a secar, incluido el de Di Natali, que quería leer lo antes posible. Cuando lo consideré bastante seco, lo aparté cuidadosamente.

Unos días después lo busqué y no lo encontré. Siempre me ocurre con todo lo que aparto con particular esmero para no perderlo: desaparece. Son vanas las búsquedas, las solicitudes a san Antonio, el poner patas arriba el apartamento como si hubieran entrado unos ladrones o hubiera sufrido un registro de la policía, nada. Es como si el objeto sintiera un placer especial en ocultarse aún más. En general, reaparece misteriosamente y con aire burlón cuando he perdido las esperanzas.

El libro de Di Natali se comportó así. Pero el tiempo perdido en buscarlo se había comido el tiempo que tenía para leerlo. De mala gana, tuve que dejarlo de nuevo aparte y dar preferencia a otras lecturas atrasadas. Finalmente, a principios de noviembre, pude comenzar a leerlo. Me interesó mucho, tanto que lo puse en la librería entre los libros que me gusta tener a mano.

No recuerdo quién ha escrito que, al entrar en un museo o en una galería de arte, hay cuadros que nos llaman. Quieren hacerse ver por nosotros inmediatamente y de algún modo consiguen llamar nuestra atención, aunque se encuentren dos o tres salas más allá.

A mi parecer, los libros tienen la misma capacidad.

Apenas me acercaba a la librería, el libro de Di Natali, de apenas ciento veinte páginas y de formato no demasiado grande, hacía de todo para hacerse notar. Si cogía un libro, el de Di Natali, que se encontraba en el estante de abajo, caía al suelo sin que ni siquiera lo hubiera rozado. Una vez incluso consiguió entrar de perfil dentro de

otro libro más grueso que debía consultar.

Entonces decidí releerlo, si eso era lo que quería.

Debo confesar una mala costumbre: nunca leo las notas a pie de página, no sé por qué me molestan. Leo las notas cuando están todas agrupadas al final del capítulo o al final del libro.

Esta vez, me dije, también leeré las notas.

Y así fue como al llegar al capítulo IV, titulado «Una incógnita inquietante: el atentado de 1945», leí entre otras, como me había prometido, también la nota 181.

La nota hacía referencia a esta frase del texto: «... hubo un atentado que perturbó a la diócesis agrigentina».

Por tanto, la nota pretendía, con un ejemplo preciso, demostrar la seriedad y la amplitud de aquella perturbación. Decía así:

En la carta de 16 de agosto de 1956 la abadesa sor Enrichetta Fanara, del monasterio benedictino de Palma di Montechiaro, escribía así a Peruzzo: «No es oportuno decírselo, pero se lo decimos en señal de obediencia. [...] Cuando S.E. recibió aquel fusilazo y estaba a punto de morir, esta comunidad ofreció la vida de diez monjas para salvar la vida del pastor. El Señor aceptó la ofrenda y el cambio: diez monjas, las más jóvenes, dejaron la vida para prolongar la de su bienamado pastor».

Al leer estas palabras que he querido subrayar, pegué literalmente un salto de la silla, con una consternación casi similar a la de la diócesis agrigentina ante la noticia del atentado.

Parece una de esas frases hechas que detesto, pero era así: no podía creer lo que veían mis ojos.

Entonces, aún desconcertado por la lectura de esas líneas, hice algo extraño.

Cogí una hoja de papel y una pluma y, en el lado izquierdo, copié las frases que más me habían impresionado, mientras que en el lado derecho escribí una especie de traducción-interpretación clarificadora. En suma, quería hacer una especie de prueba del nueve.

Esta comunidad ofreció la vida	El convento de las monjas benedictinas de Palma di Montechiaro, en su conjunto, es decir, por decisión colectiva, estableció hacer morir.
De diez monjas	La relación, por tanto, es de uno a diez, que es lo típico cuando se toman rehenes o se realiza un diezmo como escarmiento.
Para salvar la vida del pastor	Diez vidas contra una. Con una diferencia sustancial: que la vida del obispo ha sido puesta en peligro contra su voluntad, mientras que las diez monjas se ofrecen

voluntariamente para morir.

El Señor aceptó la ofrenda ¿Cómo hizo saber el Señor que estaba de acuerdo? ¿Y si, supongamos, no lo estaba? Puesto que la abadesa no habla de hechos milagrosos que pudieran ser leídos como señales de asenso o de disenso, está claro que la abadesa y las monjas estaban convencidas a priori de que el Señor aceptaría. Pero ¿esto no es forzar demasiado la voluntad divina? O bien falta algo en la frase, un «evidentemente». Entonces la frase asumiría este significado: «El Señor evidentemente aceptó la ofrenda, dado que usted aún está vivo»...

Y el cambio: «Cambio» es un amable eufemismo de sor Enrichetta para decir diez vidas humanas.

Diez monjas, las más jóvenes ¿Las más jóvenes para que la ofrenda fuera más atractiva? ¿Y cómo se procedió a la designación, sólo en base a las señas personales o la elección, siempre entre las más jóvenes, se hizo según otras valoraciones, como el grado de espiritualidad, el celo religioso, la inclinación al misticismo u otras cualidades que se me escapan?

Dejaron la vida Otro eufemismo: se dejaron morir.

Para prolongar la vida, etc Se reafirma en qué consistía el pacto.

Llegado al final, entendí que lo había entendido perfectamente desde la primera lectura. En otras palabras: diez jóvenes monjas se habían dejado morir, o mejor y más brutalmente, se habían de algún modo matado (¿puedo escribir suicidado? No, no puedo, sería demasiado simplista), persuadidas de que su sacrificio habría salvado la vida del obispo.

Lo había entendido de inmediato, sólo que me había negado a entenderlo, de tan increíbles como me habían parecido las palabras de sor Enrichetta Fanara.

Debía saber más cosas como fuera.

Puesto que Di Natali había escrito que había citado la carta de una biografía de Domenico de Gregorio, *Mons. G. B. Peruzzo* (Trapani, 1971), telefoneé a Elvira Sellerio rogándole que me procurara un ejemplar. Me respondió al día siguiente que el libro era inencontrable, pero que, al existir un ejemplar en no sé qué biblioteca palermitana, me había encargado una fotocopia y me la había expedido. El sobre, bastante voluminoso, llegó unos días después. En seguida me puse a buscar la página que me interesaba.

De Gregorio da a entender que, al ser el archivo del obispo Peruzzo de una vastedad impresionante y no estar aún ordenado y catalogado, la carta de la abadesa había caído en sus manos casi por casualidad.

Sufrí una profunda desilusión. Las frases reproducidas por Di Natali eran las

mismas que las transcritas por De Gregorio en la nota 10 de la página 491, ni una palabra más ni una palabra menos. La omisión ya estaba en el texto de De Gregorio, quien no se había tomado ni siquiera la molestia de buscar la segura respuesta del obispo a la abadesa. Habría sido interesante saber qué pensaba.

¿Qué podía hacer para saber más cosas?

Un amigo periodista, intrigado por el hecho y decidido a echarme una mano, telefoneó a Di Natali para obtener más noticias al respecto y éste le respondió que precisamente sobre la muerte de las monjas en el convento de las benedictinas se había celebrado hacía algunos años una mesa redonda en el Circolo di Cultura G. B. Odierna.

Y le envió dos recortes de prensa muy breves.

Los leí y francamente no entendí gran cosa.

La abadesa, sor Rosalia Mangiavillano, sostuvo en la discusión una curiosa tesis: que las hermanas habían muerto por desnutrición, dado que en aquellos años la comunidad vivía prácticamente en la pobreza más absoluta, ya que los víveres escaseaban como, por lo demás, en toda Sicilia.

A esta singular afirmación replicó el ponente Carlo Sortino observando que las monjas benedictinas del Santísimo Rosario provenían todas de familias acomodadas, las cuales, sobre todo en aquel período, proveían constantemente de vituallas y artículos de primera necesidad a sus parientes en clausura.

Nadie objetó que las monjas muertas eran todas jóvenes y que la lógica de la desnutrición quiere que los primeros en sucumbir sean los más débiles, es decir, los niños y los ancianos.

A nadie se le pasó ni por la antecámara de la cabeza explicar a los presentes que si las cosas sucedieron así, había que sacar una conclusión precisa: que la abadesa sor Enrichetta Fanara, al escribir lo que había escrito al obispo, le había contado una mentira, había alardeado de la muerte a causa de las privaciones de diez monjas como de una ofrenda voluntaria de su vida a cambio de la de Peruzzo.

Hipótesis, ésta, totalmente imposible.

El convento de Palma era y es conocido por el rigor, la disciplina y la discreción, y la abadesa es la que da el ejemplo. Es más probable que un camello haya pasado a través del ojo de una aguja que no que la abadesa haya mentido al obispo.

En cuanto a los nombres de las muertas en aquel período, silencio absoluto, impenetrable, un muro, ni soñar con obtener una lista. ¿Por qué? Si se habían sacrificado místicamente para salvar una vida, ¿esa lista no debería ser pública? ¿No era un altísimo título de mérito cristiano?

Y dado que no se saben los nombres, era prácticamente imposible soslayar el obstáculo pidiendo información a los registros civiles de los pueblos de los que provenían las monjas.

Entonces mi amigo periodista se dirigió a los teatinos de Roma.

Y tuvo una suerte inesperada: consiguió ponerse en contacto con un sacerdote

casi centenario que en 1945 había sido el confesor de las monjas de Palma.

El sacerdote confirmó plenamente la carta de sor Enrichetta, no tuvo dificultad en admitir el hecho del intercambio, es más, precisó que no recordaba el número exacto de las monjas que se sacrificaron, si nueve o diez. Pero no quiso añadir nada más, dijo que sólo podía hablar del asunto con personas de mucha fe, en condiciones de entender el verdadero sentido de aquel gesto. E incluso con gente tan selecta, lo habría hecho de mala gana. Mi amigo, considerándose honestamente hombre de escasa fe, no se atrevió a insistir.

Intentaré rellenar, dentro de lo posible, algunos vacíos.

Para empezar, una primera pregunta.

¿A título de qué escribió sor Enrichetta Fanara en 1956? Me explico mejor: ¿en 1945 ya se encontraba en el convento? ¿Era abadesa o una simple monja? En suma, ¿fue una testigo ocular? ¿O hablaba de oídas?

E inmediatamente después una segunda pregunta. ¿Por qué esperó exactamente once años, un mes y siete días para revelar al obispo lo que había sucedido en el convento?

Quién era sor Enrichetta podemos deducirlo indirectamente de un pasaje de la introducción de Gioacchino Lanza Tomasi a las *Obras* de Tomasi di Lampedusa. Cuenta Lanza Tomasi que el autor de *El gatopardo*:

El 4 de septiembre de 1955 hizo con Francesco Agnello su primera visita a Palma. Regresó entusiasmado. En Palma no tenía bienes inmuebles significativos, no era el gran terrateniente del pueblo, los Tomasi no lo eran desde hacía casi dos siglos, pero era el descendiente de los santos, un trozo de aquella tierra que por el temperamento místico de su familia había sido diferenciada de cualquier otra fundación feudal siciliana. Con estas premisas el encuentro fue feliz. Observó con deleite la sacristía de la matriz y el interior de la iglesia, y en particular lo conmovió la acogida de la comunidad benedictina del Santísimo Rosario.

Volvió feliz e incluso conmovido.

La abadesa sor Enrichetta había sabido, pues, cómo acoger al «príncipe» de los Tomasi, fundadores del monasterio, del beato (aún no santo) Giuseppe Maria y de la venerable María Crucificada de la Concepción, corazón aún palpitante y luz mística perenne del convento. Además, los Fanara eran una familia muy conocida y creo que con algunos cuartos de nobleza. A sor Enrichetta, de laica, le habría correspondido el título de doña.

Era, asegura quien la conoció, una persona de gran sensibilidad y nobleza de ánimo, pero al mismo tiempo carecía de altivez, mostraba una cierta desenvoltura

frente a los asuntos mundanos y se llevaba bien con todos.

Pero el futuro autor de *El gatopardo*, siempre en el mismo año, hizo una segunda visita, el 10 de octubre, al monasterio del Santísimo Rosario. Es preciso decir que Giuseppe Tomasi di Lampedusa era aún, aunque sólo sobre el papel, el «patrón» del monasterio y como tal el respeto de la clausura no regía ni para él ni para su séquito. Así cuenta Andrea Vitello aquella visita:

Para abrir la puerta de la clausura estaba la abadesa, doña Enrichetta M. Fanara, que, en la sacristía interna, no dejaba de ofrecer cuanto quiere la tradición: un café (más bien largo) y los «almendrados», una especialidad que las monjas preparaban en el siglo XVII. Luego seguía la visita al interior. La abadesa hacía de guía, campanilla en mano, para anunciar a las hermanas que se retiraran porque había seglares en los alrededores. En particular, visitaron la celda de la Venerable, que da a un jardín interior y conserva varios objetos y reliquias, instrumentos de penitencia y la «carta del demonio»; la tumba del santo duque, en la iglesia, bajo el pavimento de la capilla de san Félix; y, a la derecha del presbiterio, la urna de vidrio que conserva los despojos de la Venerable dentro de un ataúd revestido de damasquinado rojo: abajo, está la gran piedra lanzada por el demonio.

Con su gracia cordial, la abadesa encontraba la manera de evocar algunos episodios de la vida de la Venerable, constantemente asediada por el demonio, [...] y no dejaba de citar los milagros recientes obtenidos gracias a su intercesión. Se hablaba también del duque santo, de su vida de penitencia, más severa después de separarse de su consorte: como testimonio, nos mostró una antigua «disciplina» con que, cada día, se flagelaba el primer Lampedusa. [...] La abadesa recuerda que el príncipe, la segunda vez, tras permanecer largamente con la cabeza inclinada ante la tumba de la Venerable, levantando la cabeza, confesó con una rara pero evidente conmoción: «Aquí vivo horas de serenidad».

En 1945 sor Enrichetta ya era abadesa. Por tanto, fue testigo y partícipe del sacrificio de sus hermanas. Tenía todos los títulos para escribir a Peruzzo.

Pero ¿por qué se decidió a revelar al obispo lo que había ocurrido en el convento?

«No es oportuno decírselo, pero se lo decimos en señal de obediencia», escribió. La primera parte de la frase es comprensible. Un gesto así no debería ser conocido fuera de los muros del convento, difundirlo, hacérselo saber a otros, y sobre todo a la persona interesada; sería una *diminutio*, una pérdida de valor cristiano del gesto.

Es exactamente como la caridad, jactarse de ella anula su sentido profundo. Ni

siquiera la mano izquierda debe saber qué hace la derecha.

Pero ¿qué significa «en señal de obediencia»?

La obediencia, olvidemos aquí el significado laico de la palabra, sé que es la sumisión de los religiosos a sus superiores y con ella se entiende también la ejecución de una orden o la realización de una penitencia impuesta.

No consta en ninguna parte que el obispo preguntara, en 1956, a los religiosos de la diócesis qué habían hecho durante los días de 1945 en que su vida estaba en peligro.

Quizá sor Enrichetta «obedeció» no a una solicitud de Peruzzo, sino a la regla moral de no ocultar nada a su superior. O quizá esa carta fue una obediencia entendida como realización de una penitencia autoimpuesta.

Sea como fuere, ¿por qué esperar nada menos que once años?

Por lógica, tal vez habría podido revelárselo todo al obispo el año anterior, aprovechando la ocasión del décimo aniversario del atentado. Pero no lo hizo, sino que dejó pasar más tiempo.

Yo tengo una idea. Eso sí, no sostenida por pruebas.

El príncipe de Salina, cuenta Tomasi di Lampedusa en un pasaje, ya citado, de su novela, «se edificaba» al oír contar a la abadesa los milagros de la Beata Corbera, o sea, de la venerable sor María Crucificada de la Concepción.

El príncipe Tomasi di Lampedusa, las dos veces que fue a visitar a las monjas de Palma, se conmovió.

Eso es, yo creo que, al marcharse el príncipe de Lampedusa, la abadesa se preguntó: ¿por qué no añadir a la lista de los títulos de mérito también el sacrificio de las diez monjas? Y un buen día decidió hacerlo; total, esa revelación sería un secreto entre ella y el obispo.

Las visitas de Tomasi di Lampedusa en septiembre y octubre de 1955 fueron, a mi parecer, la causa desencadenante de que la abadesa se decidiera, después de haberlo pensado un poco, a coger el papel y la pluma.

5 HIPÓTESIS

A continuación intentaré formular algunas hipótesis convincentes sobre la secuencia de los hechos, trataré de contar, con una cierta verosimilitud y con una aproximación razonable por defecto, lo que ocurrió en el monasterio del Santísimo Rosario desde el momento de la llegada de la noticia de la herida del obispo hasta la muerte de las monjas.

Sé perfectamente que me muevo en un terreno difícil y engañoso, sea porque, al no estar en absoluto informado sobre cómo se desarrollaba la jornada en los conventos ni cuáles eran las normas, usos, costumbres y reglas de la vida comunitaria, algunas de mis afirmaciones pueden ser refutadas muy fácilmente; sea porque, y éste es con mucho el punto más delicado, no soy un hombre de fe religiosa y, por tanto, como le dijo el viejo confesor a mi amigo, no estaría en condiciones de comprender profundamente las razones más íntimas y, digamos, fideístas (la palabra debe entenderse en un sentido positivo) de ese gesto extremo.

En efecto, podría ser así.

Pero no entender no es un hecho apriorístico, si acaso es una conclusión que se parece mucho a una derrota.

En general, se llega a la conclusión de no haber entendido sólo después de haber buscado desesperadamente, intentando entender con la luz de la razón y también, por qué no, en situaciones particulares, limitando el poder de la razón, es decir, poniendo en liza la fe que cada uno de nosotros tiene, aunque no en un sentido estrictamente religioso, porque no hay hombre que no tenga algo en qué creer.

Y el punto de partida ideal de quien trata de entender creo que puede consistir sobre todo en el respeto, éste sí apriorístico, de las razones del otro. Que al final podrán ser entendidas o no, compartidas o no, pero ésta es otra cuestión.

La decisión: cómo, dónde y cuándo

El pasaje de la carta de sor Enrichetta reproducido por De Gregorio comienza así: «Cuando S. E. recibió aquel fusilazo y estaba a punto de morir...».

Hagamos algunos cálculos indispensables.

Es imposible que la noticia de la herida del obispo pudiera haber llegado en el curso de la noche del 9 al 10 de julio.

En Santo Stefano Quisquina, los médicos y los carabinieri se enteraron de lo que había sucedido en la ermita no antes de las nueve de la noche, cuando el cocinero criado llegó al pueblo para advertirles.

A aquella hora, el telégrafo estaba cerrado.

Los teléfonos en Sicilia, en aquellos tiempos, eran muy escasos y muchas líneas telefónicas, destruidas por la guerra, no habían sido aún restablecidas. Rarísimos en las viviendas privadas, se encontraban teléfonos en las oficinas municipales y públicas, en los despachos de los grandes comerciantes, en las consultas médicas y, naturalmente, en los cuarteles de los carabinieri y las comisarías de policía. Aparte de estos últimos, las oficinas más o menos públicas, los despachos y las consultas

médicas de noche estaban cerrados.

Uno de los primeros en saberlo fue el padre Luigi Abella, arcipreste de Santo Stefano Quisquina (con el que el obispo mantenía relaciones personales) y, sin duda, el padre Abella debió de informar de inmediato al secretario de Peruzzo, que se había quedado en Agrigento, en el arzobispado.

También estoy convencido de que el arzobispado no difundió en seguida la noticia, no tenía sentido, aún no se estaba en condiciones de realizar una valoración creíble de la gravedad de las heridas. Y la prudencia siempre fue la consigna de la Iglesia. Por eso pienso que el secretario, o alguien en nombre de él, no dio a conocer a las distintas organizaciones religiosas de la diócesis lo que había ocurrido hasta la mañana del 10.

En efecto, cuando a las nueve de la mañana el profesor Borsellino consideró que el herido podía emprender el viaje hacia Agrigento, los habitantes de los pueblos atravesados por la ambulancia ya estaban en la calle y rezaban.

Por tanto, razonablemente se puede suponer que la noticia llegó al convento del Santísimo Rosario, o mejor a la abadesa, hacia las diez de la mañana del día 10, llevada por el confesor del convento o por algún sacerdote de Palma di Montechiaro.

A esa hora las plegarias matutinas rezadas en común ya habían terminado hacía rato y cada hermana se ocupaba de sus cosas. Porque cada hermana tenía asignado un trabajo diario (el huerto, las gallinas, la limpieza del monasterio, el jardín, la cocina, etc.).

No nos alejamos de la realidad si suponemos que la abadesa debió de convocar de inmediato a las hermanas para comunicarles la tremenda noticia. ¿Dónde?

No, por supuesto, en el refectorio o en el jardín, sino en un lugar apropiado. Dado que el convento estaba desde siempre conectado con la matriz y las hermanas tenían allí, para sus plegarias, un espacio reservado y excluido de la vista de los demás fieles, las debió de convocar allí.

Después de decirles lo que había ocurrido y que la vida de Peruzzo corría peligro, es probable que las invitara a rezar por la salvación de su obispo.

Pero aunque no debió de comunicar la noticia de la celada al obispo en la iglesia, sino en algún otro lugar del convento, seguro que las hermanas, al conocer la gravedad de la situación, corrieron a la iglesia a rezar.

¿A quién dirigían diariamente sus plegarias las hermanas?

Al Señor, desde luego, y a la Virgen, pero creo que también y sobre todo a la venerable sor María Crucificada de la Concepción, la verdadera madre espiritual, el auténtico modelo de vida del monasterio, a la cual se habían reconocido tantos milagros.

No debió de ser una plegaria comedida y severa como solían hacer las hermanas, ya que la matriz se iba llenando de fieles, sobre todo de mujeres que lloraban, se golpeaban el pecho, se soltaban el pelo en señal de dolor y de desesperación.

En el interior de la matriz, el clima se fue encrespando hasta llegar al límite de la

histeria colectiva.

Debió de ser entonces cuando una de las hermanas, de golpe, en el ápice de aquella ebullición magmática de llantos, invocaciones, lamentos y plegarias, planteó en voz alta a Dios la ofrenda de su propia vida a cambio de la del obispo.

E inmediatamente después se debieron de unir a ella en coro otras hermanas, en una especie de contagiosa exaltación mística.

Pero ¿quién debió de realizar en la práctica esa ofrenda? ¿Quién dijo, en resumen, que de las palabras se podía pasar a los hechos? ¿Y quién estableció las reglas de ese paso?

Tengo una idea precisa del lugar en el que se produjo, al término de las plegarias y los llantos, la siguiente y decisiva reunión de las hermanas: en la celda y en el corredor anterior a la celda de sor María Crucificada, que sin duda debió de inspirarles la mejor manera de llevar a término su propósito. Ante su tumba, como hubiera sido más lógico, no era posible, ya que la tumba se encuentra en la iglesia, que estaba abarrotada de fieles.

Y fue entonces, seguramente, cuando las hermanas debieron de dirigirse, por la regla de la obediencia, a la autoridad de la abadesa.

¿Sor Enrichetta aceptó de inmediato? ¿Trató de persuadir a sus hermanas? ¿O se dejó arrastrar por la tensión mística que el lugar y las súplicas de las hermanas habían llevado al diapasón?

«Esta comunidad», escribió la abadesa.

No dice monasterio, no dice convento, la palabra que elige, «comunidad», parece que quiera dar a entender una decisión tomada por unanimidad, de la cual todas las hermanas, cualquiera que fuese su posición jerárquica, habían sido igualmente responsables.

Sor Enrichetta se propuso, en suma, como *prima inter pares*, pero no hay duda de que sin su consentimiento la propuesta sacrificial, hecha por todas y aceptada con entusiasmo por todas las hermanas presentes, no habría podido tener ninguna consecuencia.

El consenso

La abadesa tiene un papel preciso que comporta responsabilidades que las demás hermanas no tienen, responsabilidades respecto al monasterio, pero sobre todo responsabilidades respecto a sus superiores y al mundo exterior.

Por descontado, en otras ocasiones, pidió consejo y opinión al confesor y al padre espiritual, pero entonces comprendió que sólo ella, y nadie más que ella, podía dar respuesta al problema que le planteaban las hermanas.

Los confesores, los padres espirituales, son unos advenedizos, se presentan a horas establecidas en el curso del día para desarrollar su misión y luego se marchan. Además, pueden cambiar de año en año; la «comunidad», en cambio, está sólidamente compuesta sólo por quien vive dentro de los muros del convento y no se

aleja nunca del interior de esos muros, compartiendo incluso el aire que respira.

La abadesa debió de pedir unos minutos de reflexión.

Unos minutos, no horas, porque la solicitud era tan urgente que no admitía dilaciones.

Se retiró a rezar.

Pero antes de retirarse a rezar, tuvo la certeza absoluta de que fuera cual fuera la última decisión, nada de lo que estaba ocurriendo en aquel momento en el convento debía filtrarse al exterior.

De seguro, no sería comprendido por los laicos y quizá tampoco por todos los religiosos que tenían alguna jurisdicción sobre el convento.

En el caso de que no diera su consentimiento, podrían interpretar su no como voluntad de querer apagar ese impulso místico de las hermanas para continuar manteniendo a la comunidad dentro de una pauta de normalidad.

En resumen, podría ser acusada de no haber estado a la altura de la tensión sacrificial que alentaba a las demás, de no haber estado en condiciones de mantener el convento en el surco de su gran tradición.

Y si hubiera dicho sí y el hecho se hubiera sabido en el exterior, ¿cuántos, después, la hubieran acusado de haber dejado que dentro de aquellos muros sagrados se cumpliera un sacrilegio extremo como el suicidio de diez hermanas? ¿Cuántos habrían entendido que no se trataba de un suicidio, sino de un sacrificio?

Mujer dotada de una cierta cultura, debió de recordar, ciertamente, que el sacrificio humano, incluso involuntario, es duramente condenado en el Viejo Testamento.

Sí, pero ¿y Sansón que se sacrifica para matar a los filisteos? Si tuvo ese pensamiento, la abadesa debió de expulsarlo por incongruente: Sansón se mata para matar (igual que esos kamikazes japoneses que ha leído en algún periódico que se lanzan con su avión contra las naves enemigas). Sus hermanas no querían matar a nadie, al revés.

Y le debió de venir a la memoria que san Agustín, al respecto, no acepta el término medio: quien busca el martirio y se deja matar realiza un doble homicidio; de sí mismo y del don divino de la vida.

El mandamiento que ordena no matar no significa sólo no matar a los demás, sino también y sobre todo no matarse a sí mismo.

La abadesa se puso a rezar.

Quizá también recordó que en el Evangelio se dice que el buen pastor es aquel que es capaz de dar la vida por sus ovejas, pero en el Evangelio no se dice nada de la posibilidad de que las buenas ovejas den la vida por el pastor.

Y en el curso de la plegaria se le debieron de amontonar en la memoria muchos casos de mártires cristianos que ofrecieron su vida a cambio de la salvación de un correligionario condenado a muerte. Pero ¿a quién se dirigieron para el intercambio?

A un hombre que en aquel momento tenía el poder de decisión de aceptar o no ese intercambio.

A un hombre. Cónsul, procónsul o emperador, pero, en cualquier caso, un hombre. Pero aquí la petición de intercambio no estaba dirigida a un hombre, sino a Dios. Y si Dios, que concede el don supremo de la vida, acepta el intercambio, quiere decir que todos los acontecimientos, la herida del obispo y el sacrificio de las hermanas, entran en un plan divino cuyos fines son incomprensibles para el ser humano.

Todo ocurría como estaba establecido.

En este caso, Dios simplemente recuperaría su don.

Y palabras como suicidio, martirio y sacrificio no tendrían ningún sentido. (En efecto, en la carta que escribiría once años después al obispo, sor Enrichetta se cuidaría mucho de usar estos términos, diría simplemente que las diez hermanas «dejaron la vida». Desde su punto de vista, habría hecho mejor escribiendo «devolvieron la vida».)

Su respuesta, pues, sólo podía ser afirmativa.

La elección

Creo que las hermanas tuvieron tan claro el concepto de intercambio, de diez vidas por una vida, que no fue necesaria una larga discusión para llegar a la elección de las que debían sacrificarse.

Se trataba de salvar una vida a la que se atribuía, con razón o sin ella, un valor de insustituibilidad, de excepcionalidad, intercambiándola por diez vidas corrientes: así, el número equilibraba la calidad.

Pero, en el mismo acto de la propuesta de intercambio, una misma palabra, vida, asumía dos valores diversos.

En un plato de la balanza estaba la vida del obispo, que significaba no sólo su supervivencia corporal, sino la conservación y la prolongación del conjunto de su existencia, de su haber sido un buen pastor con inteligencia, comprensión, severidad, experiencia, amor cristiano y generosidad. En resumen, pesaba no sólo la supervivencia de aquel cuerpo, sino de aquel cuerpo como portador de valores compartidos y en condiciones de saberlos compartir.

En el otro plato, en cambio, la vida de unas hermanas significaba, simple y brutalmente, su cuerpo viviente.

No se podían hacer diferentes valoraciones como el mayor o menor grado de fervor místico, de capacidad de amar al prójimo, de bondad, de altruismo y de fe: habría sido realmente muy difícil encontrar un método de cuantificación y llegar a una elección definitiva.

En sus tiempos, en cambio, sor María Crucificada de la Concepción, aun siendo una simple monja, redactaba listas de méritos y hacía graduaciones sobre el estado espiritual de cada hermana, que luego entregaba al confesor para sus necesarias

intervenciones. Pero ya ninguna gozaba de esa altísima capacidad de penetración en las almas.

Por tanto, sólo el cuerpo.

De pronto, ese cuerpo que hasta las vestiduras monacales negaban, y las prácticas del monasterio mortificaban, reconquistaba todo su valor. Sobre todo el cuerpo joven y sano.

Ese cuerpo joven y sano que sor María Crucificada consideraba, por el contrario, un signo indiscutible de indiferencia divina. La benevolencia, la atención de Dios se manifestaba a través las enfermedades del cuerpo. Un cuerpo enfermo era respetable porque había sido tocado por el amor divino.

Ahora los dos platos de la balanza podían detenerse en un equilibrio perfecto porque esos diez cuerpos que se intercambiarían contenían un enorme valor añadido, el de la juventud. O mejor aún, el valor potencial de los años futuros que la juventud se autonegaba al dejarse morir.

Por eso las hermanas ancianas debieron ser excluidas por necesidad.

Luego bastó con ordenar las señas personales para elegir a las diez más jóvenes.

Una vez confeccionada la lista, las hermanas felicitaron a las elegidas, las abrazaron (o quizá no, quizá el contacto físico no estaba permitido), y prometieron consolarlas en la agonía con sus plegarias.

Los nombres de las diez hermanas que se sacrificarían eran:

sor María Perpetua,
sor María Maura,
sor María Francisca,
sor María Sepultada,
sor María Plácida,
sor María Lanceada,
sor María Catalina,
sor María Seráfica,
sor María Escolástica,
sor María Magdalena.

Sé perfectamente que estos nombres no corresponden a los de las diez hermanas que se sacrificaron porque el monasterio ha preferido mantener en riguroso secreto sus nombres.

Pero tampoco me los he inventado.

Se trata de los nombres de diez monjas que formaron parte del monasterio en los tiempos de sor María Crucificada de la Concepción, es más, algunos son los nombres asumidos como religiosas por las hermanas de Isabella Tomasi.

En definitiva, el gesto de las diez hermanas enlaza perfectamente en el espíritu, sin ninguna solución de continuidad, al revés, con una circularidad absoluta, 1945 y

1659, año de la fundación del monasterio.

Cómo morir

Creo que el problema del tiempo debió de ser planteado de inmediato.

Cuanto más rápida fuera la muerte de las hermanas, es decir, la concreta y tangible ofrenda de intercambio consistente en los diez cadáveres, tanto más rápida sería la curación del obispo.

Por tanto: ¿cómo morir con cierta rapidez?

Creo que una muerte cruenta fue naturalmente excluida, ni siquiera se discutió. No porque las hermanas no estuvieran familiarizadas con la sangre, al contrario. Recuérdese que, aún en el siglo XVII, entre las prácticas de los conventos femeninos estaba la de infligirse pequeñas heridas y dejarlas sangrar largamente, a menudo fingiendo que esas heridas eran obra divina.

Y también una muerte no cruenta como el veneno o el ahorcamiento se debieron de excluir completamente.

Arrojarse por un balcón, cortarse las venas, beber veneno o colgarse eran maneras de morir que se acercaban peligrosamente a las elegidas por los desesperados que querían suicidarse.

No se trataba de una cuestión formal, sino de sustancia, porque la suya no era desesperación, sino lo opuesto: la inconmensurable felicidad del sacrificio de sí mismas.

Por tanto, el único modo practicable, el único posible, era abandonar la vida negándole la indispensable alimentación.

Y en este punto surge una pregunta. ¿Qué y cuánto comían en el monasterio?

Tres veces por semana, es decir, los domingos, las ferias tercera y quinta, cómase carne; y en estos días, además de la menestra, dése una porción de carne como entremés, y otra de carne hervida. Las ferias segunda y cuarta cómanse lácteos, dándose por cada uno una menestra, un huevo, y otra vianda de lácteos o algo similar. Por la tarde, tanto en los días en que se come carne como en aquéllos en que se comen lácteos, dése a cada hermana un huevo y una menestra, o algo parecido; salvo las enfermas, que pueden comer carne también por la tarde, y además de lo dicho, por la mañana y por la tarde, cada día dése a cada una un trozo de queso con frutos secos y frescos, y otras hierbas. En la feria sexta y los sábados, ayúnese: y dése en estos días una menestra de hierbas y de legumbres, y otras dos viandas de carne magra, una ensalada o algo parecido. En la colación de la tarde dése una ensalada hervida o cruda, y un puñado de frutos frescos, según el tiempo: pero en la feria segunda se prohíben en el refectorio las cosas dulces, y también los frutos frescos...

Esto está escrito en las *Constituciones* del monasterio, de finales del siglo XVII. Y desde entonces no creo que haya habido cambios relevantes en el menú diario y semanal.

De todos modos, como se ve, no era una nutrición en el límite de la supervivencia y tampoco más allá del límite de la buena salud corporal. Se parece mucho a una dieta equilibrada para dormir bien por la noche y no tener la cabeza pesada. En resumen, las hermanas tenían una buena y sana relación con la comida.

Debe notarse también que los ayunos totales y absolutos no estaban contemplados, ya que durante el ayuno se daba la posibilidad de comer lácteos y por la tarde hacer una colación que no excediera las seis onzas. Como castigo, a una hermana se le podía ordenar que se saltara una comida, en cuyo caso la hermana debía dirigirse igual al refectorio, tenderse boca abajo en medio de las demás y permanecer así hasta que las hermanas, acabada la comida, caminaran por encima de su cuerpo para salir del refectorio. Por tanto, el modo elegido fue ciertamente el ayuno total «hasta que llegue la muerte».

Y sobre todo, nada de agua, ni siquiera una gota, para humedecer sus labios reseco.

Es preciso tener presente que se trataba de diez cuerpos jóvenes que, aun sin comida, tardarían demasiado tiempo en morir. En cambio, la prohibición absoluta de beber debió de acelerar, y mucho, la carrera hacia el fin.

Establecido el modo, cada una de las elegidas se retiró a su celda, ciertamente seguida por una hermana que la debió de asistir (y también vigilar) continuamente y, tras decir quizá sus últimas voluntades, se tendió en la cama, rezando.

Las moribundas tuvieron la certeza de que su sacrificio estaba teniendo éxito el día 13, o por comunicaciones directas del obispado o por el *Giornale di Sicilia*, es decir, que las condiciones de salud de Peruzzo habían mejorado sensiblemente.

Esta noticia, dada por sus hermanas, debió de aumentar la voluntad de resistir a la dramática necesidad de comida y de agua del cuerpo de las diez monjas.

El día 15 el obispo fue declarado fuera de peligro.

¿En esa fecha las hermanas estaban todas muertas?

No lo creo. Al contrario, pienso que en esa fecha aún no había muerto ninguna. Pero quizá ya agonizaban.

¿Cuánto puede resistir un organismo joven a la falta absoluta de comida y de agua? ¿Y cuánto puede influir la voluntad de morir en debilitar esa resistencia?

Pero, cualquiera que fuese la situación en las diez celdas en el momento de la noticia de que el obispo estaba fuera de peligro, no se podía hacer absolutamente nada. No tanto, pienso, por las condiciones físicas de las hermanas, llegadas a un punto de irreversibilidad, de no retorno, sino más bien porque el pacto contemplaba diez jóvenes vidas que apagar y diez jóvenes vidas debían apagarse.

Que el obispo hubiera sido declarado fuera de peligro no significaba la

interrupción del pacto, sino acaso que el pacto había sido aceptado y que, por tanto, debía ser respetado a toda costa hasta el final.

Estoy convencido de que, fuera de los muros del convento, en aquellos días ningún extraño se enteró de la muerte de las hermanas. Los cadáveres de las monjas fueron enterrados en fosas cavadas por otras hermanas en el pequeño camposanto del monasterio, envueltos en una sábana. Encargar diez ataúdes a las pompas fúnebres del pueblo habría despertado sospechas entre los habitantes de Palma di Montechiaro.

Y las familias de las hermanas, ¿cuándo y cómo fueron advertidas de la muerte de sus allegadas? Ciertamente debieron de ser informadas.

Pero creo que la abadesa debió de comunicar los decesos siguiendo unos criterios particulares de escalonamiento geográfico y dejando pasar algún tiempo entre una comunicación y otra.

Aún quisiera formularme una pregunta respecto a estas muertes.

Me la sugiere la incertidumbre del viejo confesor sobre el número exacto de las hermanas que se sacrificaron. Ya no recordaba si habían sido diez o nueve.

Tal incertidumbre no puede ser causada por el debilitamiento del recuerdo. No son recuerdos que puedan borrarse.

En mi juventud conocí a un sacerdote destinado a la cárcel de Agrigento que había debido asistir, en 1943, a dos condenados a muerte por fusilamiento. Lo volví a ver treinta años después y me confesó que no conseguía olvidar ni el más mínimo detalle de aquellas ejecuciones.

¿Y entonces cómo se explica esa incertidumbre?

Puedo intentar responder con otras preguntas.

¿Ninguna de las diez hermanas cambió de opinión?

¿Ninguna monja imploró, *in extremis*, ser salvada?

Y, en ese caso, ¿cómo se comportaron las demás?

¿Se taparon los oídos para no oír aquella triste imploración?

¿Salieron de sus celdas cerrando la puerta a sus espaldas?

¿O intentaron una salvación ya imposible?

Creo que la incertidumbre del viejo confesor puede nacer de algo imprevisto que ocurrió entre los días 10 y 17 de julio de 1945, como máximo el 18.

Pero no lo sabremos nunca.

Precisamente mientras escribo estas líneas, en los últimos días del mes de septiembre de 2006, en Italia ha comenzado un debate, político o no, sobre el derecho a la eutanasia, el suicidio asistido y el testamento biológico. Algunas de las cosas que se han dicho merecen ser reproducidas porque de algún modo pueden conectarse con algunas perplejidades que he manifestado sobre el sacrificio de las hermanas y porque expresan el pensamiento de la Iglesia (que, por lo demás, no se ha

modificado).

El cardenal Javier Lozano Barragán, «ministro de Sanidad» vaticano, ha reafirmado claramente tres puntos fundamentales para el creyente:

La vida no es negociable.

El cuerpo es inalienable porque, dado por Dios, sigue perteneciendo a Dios (en resumen, el hombre lo tiene en alquiler).

La vida, al ser un don de Dios, debe ser siempre y en cualquier caso respetada y salvaguardada.

Monseñor Vincenzo Paglia, obispo de Terni y presidente de la comisión de los obispos para el ecumenismo y el diálogo entre las religiones, admite una sola derogación a cuanto ha declarado el cardenal Barragán:

La única «ventana» en la que el amor por los demás supera al amor propio es en la figura del creyente que da la propia vida para salvar la de los demás. Nunca al revés.

Monseñor Paglia, con su «nunca al revés», dados los tiempos que corren, prudentemente quiere subrayar cómo el verdadero cristiano, a diferencia de algunos creyentes de otra religión, nunca puede sacrificarse a sí mismo para quitarle la vida a los demás.

A la «ventana» abierta por monseñor Paglia se asoma en mi memoria una sola persona. Se llamaba Salvo d'Acquisto, tenía veintitrés años y era suboficial de los carabinieri cuando, durante la ocupación alemana de 1943, en el pueblecito de los alrededores de Roma en que prestaba servicio, los alemanes condenaron a muerte a veintidós rehenes inocentes como represalia por un sabotaje. Entonces d'Acquisto, que no tenía absolutamente nada que ver con el sabotaje, se declaró único responsable y se dejó fusilar a cambio de los rehenes.

No recuerdo si d'Acquisto era creyente o no, pero me figuro que sí. ¿Se ofreció a los fusiles del pelotón de ejecución por un impulso sobrehumano de caridad cristiana y de amor por el prójimo, o porque consideró que no podía actuar de otro modo por el uniforme que llevaba?

En cualquier caso, Salvo d'Acquisto entregó a los otros, al pelotón de ejecución, la misión de quitarle la vida; no se la quitó por sí mismo. Como el padre Maximiliano Kolbe, luego hecho santo, que en 1941, en el campo de concentración de Auschwitz, se hizo llevar al búnker de la muerte en el lugar de un padre de familia. Tampoco en este caso fue él quien se quitó la vida con sus propias manos. El problema está en esta simple diferencia que, a mi parecer, no es irrelevante.

El 6 de agosto de 1945 explotaba la bomba atómica sobre Hiroshima. De aquella masacre nacería un nuevo mundo, lleno de incógnitas y de miedos, pero con grandes posibilidades de progreso para la historia del hombre. Pocos días antes, en Palma di

Montechiaro, la historia había dado un gran salto hacia atrás en el tiempo.

No consigo sacar ninguna conclusión de estas vicisitudes, ni para mí ni para mis lectores. O quizá las conclusiones me llevarían demasiado lejos, tanto hacia atrás como hacia adelante en el tiempo, hasta la trágica actualidad de nuestros días. ¿Sería oportuno?

BIBLIOGRAFÍA

Dos libros me han sido absolutamente indispensables: *L'attentato contro il Vescovo dei contadini* (Canicattì, 1999), de Enzo di Natali, y *La Santa dei Tomasi* (Turín, 1989), de Sara Cabibbo y Marilena Modica. Sara Cabibbo, a quien estoy muy agradecido, me ha proporcionado también materiales inéditos y editados. Entre estos últimos, «Fratello/sorella», de la misma Cabibbo, en *Quaderni storici*, nº 83.

Me han sido útiles, además:

AA.VV., *I luoghi di Tomasi*, Palermo, 1996.

G. Bonina, «Era un masnadiero il capostipite del Gattopardo», en *Tuttolibri*, 16 de abril de 2005.

D. De Gregorio, *Mons. G. B. Peruzzo*, Trapani, 1971.

M. Ganci, *La Sicilia contemporanea*, Siracusa, 1986.

S. Indelicato, «Santa Rosalia e l'eremo della Quisquina», en *Kouros*, 2005, nº 4 (pero sobre el tema he consultado también algunos sitios de internet).

C. Messina, *La Quisquina*, Palermo, 1973.

G. Reina, *L'Eremo della Quisquina*, S. Stefano Quisquina, 1994.

A. Vitello, *Giuseppe Tomasi di Lampedusa*, Palermo, 1987.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Sicilia, 1925) vive desde hace años en Roma, donde es realizador de teatro y televisión y guionista. Ha publicado ensayos sobre el espectáculo, crónicas sobre hechos históricos y diversas novelas ambientadas en la Sicilia de finales del siglo XIX y XX. Con la creación del comisario Montalbano, que protagoniza buena parte de sus novelas se ha convertido en un referente del género negro.

Notas

[1] Todos los pasajes de *El gatopardo*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, se citan a partir de la traducción de Fernando Gutiérrez, Ediciones Orbis — Editorial Origen, Barcelona, 1982. (N. del t.) <<